



# MEMORIAS VIVAS DE NUESTRO BARRIO ...Y MÁS

PROYECTO II CONCURSO  
RELATOS BARRIALES 2022



ZT-PVN&S



# Memorias vivas de nuestro barrio...y más

PROYECTO II CONCURSO  
RELATOS BARRIALES 2022

ZT-PVN&S

## **Zona Típica PV Norte&Sur “Memorias vivas de nuestro barrio...y más”**

Registro de propiedad intelectual N° 2023-A-3709

I.S.B.N. N° 978-956-09740-1-3

Edición: Adrián Torres Canales y Jaime Ferrer Mir

Diseño de portada: Camila Villarroel Robles

Diagramación: Natalia Cerda Lagos

Primera edición: abril de 2023

Derechos reservados.

Realizado el depósito legal correspondiente.

Este libro es el fruto de un Concurso Literario ideado y organizado por la directiva de la organización Zona Típica PV Norte & Sur<sup>1</sup>, que convocó en el mes de julio de 2022 a todos los vecinos del barrio Vivaceta-Los Nidos y de barrios adyacentes, de la comuna de Independencia. Los relatos contenidos en este libro corresponden a todos los textos recibidos por el Jurado integrado por: Jaime Ferrer Mir, profesor de castellano, editor y autor de varios libros, entre los que destaca: “Los españoles del Winnipeg: el barco de la esperanza”; Ana Guede Contreras, profesora formada en la PUCV, Docente del Programa EPJA Modalidad Flexible de la UCSH, ganadora del Concurso de Fotografía y Relato Patrimonial, organizado por Independencia cultural; María Soledad Rafide Cuadra, profesora, Mg. en educación, escritora, autora del libro Género y discurso; y Humberto Lagos Schuffeneger, abogado, sociólogo, académico y escritor, propuesto para el premio nacional de literatura 2022.

De acuerdo a las bases del concurso (N°13) “La sola participación en el concurso implicará la aceptación de estas bases y otorga el derecho exclusivo, gratuito, sin límite temporal ni territorial a los organizadores, para que, sin fines de lucro, ejerzan todos los derechos señalados en el art. 18 de la Ley N° 17.336, y, especialmente, puedan editar, publicar, distribuir, traducir, transformar, adaptar y reproducir en cualquier medio las obras participantes.”

Los autores de estos relatos han manifestado su voluntad de ceder ampliamente sus derechos de autoría para la presente edición y publicación.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea mecánico, electrónico, químico, óptico, de grabación o fotocopia, sin el permiso expreso y por escrito de los editores y de la Organización Zona Típica PV Norte&Sur.

Impreso en Chile por Montecinos Martínez Ltda.  
en un tiraje de 1.000 ejemplares

---

<sup>1</sup> Adrián Torres Canales, presidente; Camila Villarroel Robles, secretaria; Marcela Gálvez Castro, tesorera; Álvaro Torres Gálvez, director

En un poema fundamental (“Explico algunas cosas”), Pablo Neruda alude a uno de sus barrios donde transcurrió parte trascendental de su vida. Se trata del barrio madrileño de Argüelles del que recuerda sus sonidos de campanas, sus relojes y árboles, desde donde “veía el rostro seco de Castilla como un océano de cuero”. Recuerda que su casa era llamada la Casa de las Flores, “porque por todas partes estallaban geranios.” Y agrega que “era una bella casa con perros y chiquillos” y que tenía balcones. Por fortuna, este antiguo barrio madrileño no ha desaparecido, sucumbiendo, como tantos otros, ante el avance arrollador, en ocasiones, descontrolado, de un supuesto progreso.

El poeta trae a su memoria estos y otros recuerdos de su barrio, cuando trágicos acontecimientos de la historia de España, de los que fue testigo, lo obligaron a abandonarlo para siempre, vecinos y amigos incluidos. Pero, años después, todo continuó vivo en su memoria. Es que los recuerdos de barrio nos acompañan por siempre, pues forman parte de nuestra vida. Y, muchas veces, el barrio sobrevive a quienes lo han habitado. Sabemos que hay barrios y barrios, pero el nuestro es único y, por ello, nunca debe ser olvidado.

Detrás de la loable iniciativa de los dirigentes de la Organización Zona Típica Población Vivaceta Norte Sur de la UV3 de Independencia, sin duda, ha estado presente este propósito de preservar la memoria colectiva de sus habitantes y de ahí surgió la idea de convocarlos a participar en un Concurso de Relatos Barriales, esta vez en su segunda versión, tan exitosa como la anterior.

Salvando todos los obstáculos imaginables (y también los otros), en las páginas del presente libro se han reunido esos recuerdos que se niegan a desaparecer, porque constituyen sangre y cuerpo de quienes los atesoran en su memoria y que en este acto comparten con sus vecinos en un nuevo gesto de buena vecindad que tan bien nos hace.

Jaime Ferrer Mir  
Miembro del jurado



A MODO DE PRÓLOGO DEL CONCURSO  
LITERARIO “RELATOS DE HISTORIAS  
Y VIVENCIAS DE MI BARRIO  
EN UNA PLANA”, AÑO 2022

Original iniciativa ha sido la promovida por los *Directivos de la Zona Típica PV Norte Sur de la Comuna de Independencia*, cuando invitaron a los(as) vecinos(as) a participar en un concurso literario de relatos, cuentos y otras formas de redacción, que se concretó en el segundo semestre del año 2022. Para el especial objetivo, fue designado un jurado de profesionales especializados en los ámbitos escriturales que se proponían a los concursantes, el que leyendo e intercambiando opiniones-lecturas respecto de las decenas de textos recibidos desde el plural vecindario participante, resolvió, en el mes de octubre, las nominaciones, reconocimientos y premios de rigor.

Fueron cuatro las formas definidas para calificar los esfuerzos de concursantes que enviaron sus escritos; a saber: *Premios a Ganadores(as)*; *Menciones Honrosas*; *Relatos con votación popular abierta*; y *Premios al talento infantil, juvenil y de adulto mayor*.

La totalidad de esos textos aportados por vecinas y vecinos, invitan a emocionantes recorridos vía vínculos simbólicos del Ba-

rrio; todos ellos archivados en las *memorias sociales* que refieren sucesos, ciertos tiempos calendarios y tantos espacios cotidianos ... ya casi olvidados, reclamándonos con enojos simbólico y desde la tipicidad cotidiana, esa sabia exigencia memorial de: “*retorno a lo que jamás hemos dejado*”.

Nuestro *Barrio poblacional*, asentado en entornos del callejón *Vivaceta*, es historia viva; y los relatos de quienes, vía sus escritos, esculpieron - en maderas y piedras simbólicas - las experiencias archivadas en esos recuerdos que, hoy, al encaminarse hacia libro publicado *serán depositarias de los tiempos... y oposición a las tristezas imbricadas en innecesarios olvidos*.

Para las, y los, *miembros del Jurado* leer cada cuento, cada relato, fue un maravilloso desbroce de la diversidad que unió sus voces desde diversas experiencias vitales para volcarlas, a partir de sus más íntimas mismidades, en una propuesta de *leer la historia barrial* desde: *las casas antiguas, las calles y veredas bermejas, los rincones del misterio, los días primaverales, las noches pobladas de silencios audibles, los calores y fríos, las lluvias y vientos, las escuelas, los espacios labores...* y otros tantos lugares posicionados en los entornos propios... que configuran una *especial identidad*.

¿Cómo olvidar, mirando desde nuestras ventanas, a *las reinas de la Julio Soto*? ¿Cómo no recordar que el “*Cuco no existe*”, pero sí nuestros miedos de transitar por las noches cruzando la esquina de las “avenidas” Francia con Escanilla, donde se ubica esa: ... “*vieja casa embrujada*”? ¿Cómo no escuchar, desde los silencios, a la pléyade de *sobrenombres vecinales*, a los *caballares del Hipódromo Chile* trotando y piafando por calles y veredas del *Barrio*, a niñas y niños brincando en las *plazas del sector*?

Todo lo vivido en los relatos memoriales nos recuerda, a veces: algunos *cantos de sirenas; sueños dulces e inquietantes; árboles que amparan secretos bajo sus ramajes; amores idos e inolvidables;*

*despedidas dolorosas; ... y reencuentros necesarios envueltos en abrazos acogidos por el Barrio y su Zona Típica.*

Desde estas experiencias escriturales, debe destacarse que la participación en ellas constituyó un desafío a *niñas(os), jóvenes y adultos(as) mayores*, quienes hurgaron en sus recuerdos cercanos y añejos para revivir diversas vivencias de estos entornos, que nos convocan desde el ayer hacia nuestro 'hoy', que es historia continua, necesaria e inolvidable... aferrada a esas voces transmutadas en la escritura... y danzantes ... con atentos ojos y orejas confidentes.

Como lo hemos dicho, estos relatos vivenciales de la *historia de nuestro Barrio* nos invitan, y desafían, a *un retorno hacia lo que nunca hemos dejado...*

Recordamos, con amoroso cariño, a *nuestras adultas mayores* ('*viejitas*', muchas de las cuales ya no están) cuando sorbiendo las bombillas de sus mates invernales nos decían, a nosotros niños(as), con misteriosas voces susurrantes al caer las noches... "*¡Ustees no me van a creer... pero es la purita verdad! ...*", logrando que sueños temblorosos sumergieran nuestras cabezas bajo las sábanas del miedo... aquí en nuestro *Barrio Típico de la Población Vivaceta Norte-Sur, Comuna de Independencia.*

Esta ronda creativa del arte escritural en la *Comunidad* que nos acoge, es testimonio intenso que abraza a nuestro *Barrio* meritório... en una espera añil, expectante, de la *Declaratoria del Consejo de Monumentos Nacionales, al tenor de la Ley N° 17.288, que debe, en justicia plena, reconocerlo como ZONA TÍPICA.*

Dr. Humberto Lagos Schuffeneger  
Presidente del Jurado  
Concurso Literario 2022



***Copia de actas del jurado***  
***acta N° 1 selección premiados***

**Concurso Literario “Relatos de historias y vivencias de mi barrio en una plana”**

En Santiago, a 3 de octubre del año 2022 en reunión vía Zoom fijada a las 20:00 horas, el jurado abajo individualizado acordó otorgar los siguientes premios, reconocidos por su título y pseudónimo de autor:

<b>PREMIO</b>	<b>TITULO</b>	<b>PSEUDONIMO</b>
1er Lugar	LAS REINAS DE LA JULIA SOTO	JANDY
2do. Lugar	HIPÓDROMO CHILE	SÓCRATES
3er. Lugar	EL TALY	DR. QUEZADA

En dicha reunión, y de acuerdo a la abundancia de relatos originales, creativos y tremendamente vivenciales desde el rescate del patrimonio del barrio como historia viva, solicitamos considerar las siguientes Menciones Honrosas como un reconocimiento a sus autores:

<b>MENCIONES HONROSAS</b>	<b>TITULO</b>	<b>PSEUDONIMO</b>
1.-	LIBERTÁ	OWI
2.-	EL LARGO TOUR DE LA BANDERA A INDEPENDENCIA	TONINO
3.-	LOS OLVIDADOS	LAUR'YS

El jurado que firma, ratifica su elección y premiados y menciones Honrosas en su totalidad. -

HUMBERTO  
LAGOS SCHUFFENEGER  
RUT: 4.658.649-2

SOLEDAD  
RAFIDE CUADRA  
RUT: 8.568.343-8

JAIME FERRER MIR  
RUT: 5.073.429-3

ANITA GUEDE  
CONTRERAS  
RUT: 7.107.828-0

Santiago, 4 de octubre 2022

## *Acta N° 2 premios al talento*

### **Concurso Literario “Relatos de historias y vivencias de mi barrio en una plana”**

En Santiago, a 3 de Octubre del año 2022 en reunión vía Zoom fijada a las 20:00 horas, el jurado abajo individualizado acordó otorgar los siguientes premios al Talento, reconocidos por su título y pseudónimo de autor:

<b>PREMIO AL TALENTO</b>	<b>TITULO</b>	<b>PSEUDONIMO</b>	<b>EDAD</b>
INFANTIL	ZAMBULLENDOSE EN EL BARRIO	ANTO	12
JUVENIL	DESDE MI VENTANA	KAMIL VELE	30
ADULTO MAYOR	EL CUCO NO EXISTE	COMETA ESCUDERO	78

El jurado que firma, ratifica su elección para los premios al talento en su totalidad. -

HUMBERTO  
LAGOS SHUFFENEGER  
RUT: 4.658.649-2

SOLEDAD  
RAFIDE CUADRA  
RUT: 8.568.343-8

JAIME FERRER MIR  
RUT: 5.073.429-3

ANITA GUEDE  
CONTRERAS  
RUT: 7.107.828-0

Santiago, 4 de octubre 2022

## *Un breve comentario*

### **“Relatos barriales en una plana”**

*“Escribir es un oficio que se aprende escribiendo”*

*(Simon de Beauvoir)*

Bitácoras, anécdotas, personajes, olores, amistades, historias de abuelos, calles, casas, árboles, añoranzas de tiempos vividos, vecinos, infancia, amores, olvidos, llegadas, partidas, juegos, bicicletas, lugares. En fin, vida de barrio. -

Parto estas líneas expresando nuestra alegría y gratitud, por haber participado en este segundo Concurso literario de Relatos barriales en una plana, como miembros del Jurado 2022.-

La más noble función de un escritor es dar testimonio como si su pluma fuese signo de un acta notarial y fiel cronista del tiempo que le ha tocado vivir. c Y ese legado es el gran tesoro que albergará la segunda publicación, nuestro segundo libro. -

En el mes de septiembre el Jurado recibió de la Organización Zona típica Vivaceta Norte Sur, los pseudónimos y los relatos de todos aquellos autores y autoras de diferentes edades que se animaron a escribir.

Luego compartimos dos reuniones por zoom en donde nos deleitamos con aquellos relatos preseleccionados por cada miembro del jurado. -

Volvimos a compartir la lectura de acuerdo a aquellos parámetros que definieron nuestra pauta dando importancia al relato como patrimonio humano e inmaterial mediante grandes historias para diferentes momentos. -

Vecinos y vecinas, socios y socias, jóvenes, niños plasmaron sus mejores líneas y profundas creaciones literarias, compartiendo el tesoro máspreciado: sus vivencias y sentimientos al ser parte de este barrio, un hermoso rincón de Independencia.-

El día 3 de octubre, nos reunimos con los miembros del jurado, para definir los relatos premiados, las menciones honrosas, los premios al talento y preseleccionar los relatos para la votación del premio del público. -

En esta reunión se levantaron las actas oficiales que fueron entregadas a la directiva de la organización, para que relevara el término del Concurso y diera a conocer a los ganadores. -

Quedaron en nuestra memoria la Historia de “Las Reinas de la Julia Soto “ y su población, con la industria de la Ferrilozza, lugar donde muchos trabajaron.- Seguir los recorridos con el “Libertá o el Hipódromo Chile”, y emocionarnos al recordar la partida de “El Taly”. Seguro que se quedan también muchos más.-

Culminamos un trabajo que nos sacó por algunas semanas, de nuestra rutina académica y laboral, agradeciendo la oportunidad de encantarnos con un recorrido literario por este hermoso barrio y que permitió a sus creadores darle un sentido coherente a su manera de entender la vida y, por tanto, atesorar la experiencia de hacer comunidad a través de historias y lugares comunes.-Seguiremos brindando actividades que releven el rescate de nuestra

memoria barrial para poner al resguardo nuestro patrimonio material e inmaterial.-

Gracias por brindar un bello cierre con la premiación del día 28 de octubre y engalanar a los premiados con una linda ceremonia. -

Termino esta reflexión recordando un extracto del prólogo del primer libro 2021: “Hacer comunidad, conocernos, colaborar, protegernos, vivir unidos, son acciones tan necesarias en el hoy, cuando el afán individualista prevalece”. Así que les animo a seguir escribiendo y atesorando historias. –

Prof. Ana Guede Contreras  
Secretaria ejecutiva del Jurado



## *Regreso al tobogán*

(Alicia)

Aquella mañana era especial. Papá no iría al trabajo, Dexter hizo su acostumbrado paseo matutino con él, mientras mamá y yo preparábamos el desayuno. El suelo debía de estar muy sucio, pues mamá lo limpió unas cuatro veces, y volvió a hacerlo cuando papá y Dexter regresaron de su paseo. Con el pasar de los días, noté que cada vez que papá salía y regresaba, el piso se limpiaba con esmero y me retenían en mi cuna hasta que todo estuviera impecable y listo para que yo pudiera jugar.

Dejé de salir a la calle, comencé a extrañar las idas al tobogán con mamá. Al comienzo no le di importancia, pues estaba feliz de tener a papi todos los días en casa. Los juegos en casa eran cada vez más divertidos, pues mamá siempre tenía ideas nuevas. Pasaron los días y aunque me divertía jugando con mamá, papá y Dexter, yo quería salir a ver los árboles e ir al tobogán.

Un día fui a mi cuarto, encontré mi coche, lo empujé hasta la puerta, intentando que mamá entendiera mis deseos de salir, pues yo no sabía por qué llevábamos tanto tiempo en casa. Solo

papá y Dexter salían. Mamá me tomó en brazos, me llevó a la terraza, me mostró las calles casi vacías y comenzó a contarme que fuera de casa había un ser invisible al que le decían COVID 19. Ella lo llamó “los bicharracos” y me dijo que estos hacían lo que fuera posible por ingresar al cuerpo de las personas y destruir a sus guerreros internos, haciendo que les diera tos y dañando sus pulmones hasta dejarlos sin respirar. Me explicó que para ganarles a “los bicharracos” debíamos estar en casa, para evitar tropezarnos con ellos.

Ese día mamá me enseñó a viajar con la imaginación, lo que me permitió jugar en mi amado tobogán. Fue una experiencia increíble. Como ya han pasado dos meses desde aquel día, espero con ansias poder volver al tobogán. Mientras tanto, mamá, papá, Dexter y yo nos cuidamos de “los bicharracos”, pues no les vamos a permitir que destruyan a nuestros guerreros internos.

## *Descubriendo espacios*

(Alicia)

Crucé el Mapocho y me encontré una iglesia que atrajo toda mi atención y no porque yo sea muy religiosa, sino porque su arquitectura no encajaba en nada con el entorno. Caminé por donde me indicaba Google Maps y finalmente llegué a la calle Escanilla, donde estaba ubicado mi nuevo hogar.

Por meses solo conocí las mismas 7 calles hasta que un día me aventuré a ir más allá. Descubrí una avenida que la llaman Independencia, como la comuna que habito, Me pareció terriblemente sucia, descuidada y muy oscura en la noche, pero con los años la he visto embellecerse, iluminarse y resaltar aquellas fachadas antiguas cargadas de historia que no me canso de mirar e imaginar cómo sería caminar por sus calles cuando nacieron aquellos muros.

Otro día que me aventuré por un camino distinto y descubrí otra larga y concurrida avenida, llena de talleres mecánicos, grasa y mucho, mucho sol, porque los árboles allí no existían. Solo encontrabas cada cientos de pasos pequeños arbustos o al-

gún intento de arbolito. Agotada ya del paisaje tan monótono, me desvié por una calle lateral y llegué a Plaza Central, un amplio espacio verde, colorido, con casas preciosas que en seguida me hicieron olvidar el caos y el calor de Vivaceta, esa avenida infinita y calurosa. Me senté y contemplé el lugar: era increíble que a solo una cuadra del caos se pudiera encontrar tanta paz.

Así, de a poco, me fue cautivando mi nuevo barrio, donde descubrí calles terriblemente feas, pero a la vuelta de la esquina el panorama cambiaba. Me pareció maravilloso este mosaico urbano de caos y orden, de ruido y paz, olores que se entre mezclan y personajes pintorescos. Las señoras siempre saludan y buscan algún tema de conversación; los señores mayores riegan sus plantas y regalan una sonrisa al pasar por sus veredas; los más chicos siempre van acelerados, riendo entre ellos, ajenos a las crueldades de la vida.

Aun sigo descubriendo espacios y personas, pero lo mejor es que ahora tengo amigos que me hacen viajar al pasado de estas que han sido sus calles por años, me narran los cambios del lugar, me alegran el corazón y me hacen verlas con ojos de amor, porque, aunque no crecí en ellas, me contagian la nostalgia que guardan en su corazón.

Lo que me lleva a pensar que estas son las calles que han visto crecer a mi pequeña Aurora, quien con los años hablará de ellas como hoy lo hacen nuestros amigos que para aquel momento ya no estarán presentes, pero, sin duda, nos encargaremos de contar con la misma alegría y entusiasmo cómo fue nuestro barrio.

## *Zambulléndose en el barrio*

(Anto)

¿Alguna vez pensaron que el tomar una decisión, por lo más pequeña e insignificante que fuera, generaría un gran cambio en sus vidas? Bueno, pues eso fue exactamente lo que le sucedió a mi abuela.

Una tarde, al terminar sus clases del “Programa Más del Adulto Mayor”, al que va al Mirador Viejo con sus amigas del barrio, éstas le comentaron sobre las diferentes actividades que se estaban desarrollando en el Polideportivo. Conversando con ellas, una de sus amigas le sugirió inscribirse en alguna de las clases.

Aunque en un principio a mi abuela la idea no le llamó demasiado la atención, cuando se enteró de que entre todas las actividades estaba la clase de natación, los recuerdos de su niñez llenaron su mente, pues desde muy pequeña la natación le parecía interesante y la idea de inscribirse se le fue haciendo más atractiva.

Esa misma semana se inscribió en el Polideportivo a los talleres de natación y de baile entretenido de los que ahora no para de hablar, aunque mantiene en secreto los pensamientos que inundan su cabeza al momento de zambullirse en el agua. En esos

cortos minutos en los que está dentro del agua, sus vivencias de infancia recorren en su mente hasta en los más mínimos detalles: los recuerdos de su casa anterior, de sus hermanos, familia y amigos, todo lo que de una extraña manera que ella misma desconoce, la llena de energía.

Yo creo que en esa decisión que tomó mi abuela está la explicación de por qué ahora, a pesar de estar bastante ocupada, se la ve mucho más activa y feliz, lo que alegra más la casa y a todos nosotros en ella.

## *Encuentro de González Vera con El Negro*

(Antonio Maruri)

Ese día me fui a tomar un *shop* donde Schaffauser, en Toribio Robinet con Nueva de Matte, donde hasta hace poco pasaban los caballos del Hipódromo por las calles. El Fantasma de González Vera quiso darse una vuelta por sus barrios y apareció ese mismo día. El fantasma se sentó en una mesa a leer algo cuyo título traté de ver. Como se dio cuenta de mi interés, ubicó el libro en un ángulo tal que ponía en evidencia mi impertinencia y jugó un rato con eso, pero yo no andaba con ánimo de pelear con nadie y mucho menos con un fantasma. En eso estábamos cuando entró al bar el famoso Negro Zampras, a quien le había ido bien en todo el mundo con su *nuovelle*, *El árbol enano*. El Negro se sentó al lado del fantasma y conversaron. Pronto pasaron al whisky.

“Buena su *nouvelle*. El problema con *El árbol enano* no es que tenga procedimientos míos. Eso da lo mismo, pero en su *nouvelle* no ocurre nada, pues hay solo una pareja en cama leyendo. No sé si en su siglo valoran esas cosas. En el mío no.”

“Disculpe, yo lo vi y quise saludarlo y felicitarlo por su nitidez, su estilo...”

“Claro, pero en la realidad y en la literatura ocurren cosas. Mire ese caballo que se le desbocó a un paseador y que corre veloz por Nueva de Matte, abollando autos. De suerte no mató a algún niño por ejemplo, y eso pasó hace unos minutos. En su *nouvelle* no ocurre nada. Usted no tiene realidad ni calle. A mí me daría pudor escribir así en un país como el nuestro.”

“A ver, caballero, usted no dimensiona. La gente quiere ausencia de desgracias de las que sus vidas están llenas. Y ¿sabe qué más? Después de todo, este barrio de mierda es una provincia, ergo, es usted un escritor provinciano.”

González se queda serio un largo rato y luego le dice: “¿Sabe usted pelear con cuchillo?”

“Puedo aprender.”

“Escoja, entonces” y pone tres cuchillos sobre la mesa.

“Esta será su primera lección de literatura, discípulo. Para que exista acción en sus *nouvelles*.”

Y salen del bar. González con serenidad; el Negro invadido por un miedo que trata de ocultar.

## *Independencia*

(Capablanca)

—¿Cómo era su padre? —inquiría mi abuelita, Alicia Parra Bravo, en su pieza de enferma.

—Súper bueno... —me respondía, guasona. Seguido del gesto: "... Para tomar".

Tenía un salón de peluquería en la avenida Independencia ("alcohol en juerga y en desgracia, fragancia de horno y pan, loción de peluquería, punteo alegre de guitarrones y lamento de violines bajo cuencas huecas"<sup>2</sup>), del mismo nombre.

La línea Matadero Palma del transporte público enhebraba un "collar de lámparas inquietas" (de la tienda fotográfica Eros, la sombrerería La Americana; el taller de G. Muza, que componía relojes, joyas y victrolas; el teatro Independencia; el café Criollo, "abierto día y noche"; la librería Cervantes, frente al teatro; la pensión La Mercedita, con despacho de "viandas a domicilio" y,

---

<sup>2</sup> Las metáforas son de Romanágel, "Índice de Independencia Street"; en, *Independencia*, año 1, n° 8 (Santiago, junio-julio de 1938): 12.

en la esquina con Aníbal Pinto, la panadería Pinto, desde 1861; la sastrería El Corte Chic, “que convierte a las personas en personajes”; el salón de peinados Anita, para una permanente perfecta y barata, “sin electricidad y con buenos aceites”; la tienda de ropa El Águila, con “gran surtido en jersey de lana”; el restorán El Derby, “con orquesta de primer orden” y el emporio El Triunfo, con “los mejores surtidos en conservas”, recién en la esquina con Dávila Baeza)<sup>3</sup>, hasta el hospital, el cementerio, el estadio y el Hipódromo.

Muerto Pedro Parra, a los cincuenta (al año siguiente del terremoto de Chillán —el terruño que siempre evocaba—), se apersonó el propietario de la casa de San Luis para desahuciar a la viuda, Juana Bravo, “porque ahora usted no va a poder pagar...”.

—Usted tiene que preocuparse de recibir mi pago, no más —lo mandó cambiar—, porque yo seguiré cumpliéndole como lo hemos hecho hasta ahora.

... Lavando, planchando y cosiendo ropa, y vendiendo humitas, que se le acababan al tiro, porque la propia gente del pasaje las compraba:

*Mamita, te veía muy triste. Yo te consolaba y te decía: No sufras tanto, no vale la pena. Él no nos quería. Vamos a luchar, yo te ayudo,* se lee en el cuaderno de memorias de la abuelita.

---

<sup>3</sup> Según los avisos publicitarios de *Independencia*, años 1, n° 3 (enero de 1938) y 8, y; 2, n° 15 (mayo de 1939) y *La Barriada*, año 1, n° 1 (Santiago, 5 de septiembre de 1936).

## *Nueva de Matte, parte de mi vida*

(Charito)

Mi conexión con la calle Nueva de Matte solo pasaba por recuerdos de mi infancia. Sí, porque fue en Nueva de Matte con las Mariposas (actualmente Obispo Carlos San Martín) donde estuvo mi primer colegio, el que me albergó en mi etapa preescolar y primeros años de estudio, el sencillo pero maravilloso colegio Helen Keller, del cual aún recuerdo su himno.

Pero pasaron los años, estudié, me casé, fui mamá, trabajé como tía de transporte escolar, y fue en ese momento cuando comencé mis estudios universitarios y me vi en la obligación de cambiar de trabajo por uno que me diera el tiempo suficiente para llegar a la hora a clases. Fue así como me inicié siendo conductora de colectivo de la línea 8015 y comencé a relacionarme a diario con los vecinos de Nueva de Matte y sus calles aledañas, Escanilla, Navarrete y López, Huasco, Maruri, Frerina, Quezada Acharán, Ariel, Diana, en fin. Durante cuatro años, cientos de conversaciones, saludos, anécdotas vividas con vecinos que subían y bajaban periódicamente de mi colectivo. Un tiempo hermoso que siempre recuerdo con mucha emoción, del cual le doy

gracias primeramente a Dios y también a mis vecinos, quienes en el transcurso de mi vida han sido parte de esta historia.

## *Sueños*

(Coke)

Al caer la tarde de algún sábado o domingo, partía como siempre junto a mi guitarra a la Plaza Central para sentarme allí, buscando un momento de descanso. Solía pasar horas sentado en el pasto, cantando y compartiendo con amigos del barrio, pero esa tarde era diferente, algo extraña, no había niños jugando a la “pichanga” y nadie hacía ejercicios. De pronto, comencé a sentir un sonido de la sirena de un barco que de inmediato reconocí, y que se acercaba por Maruri. Era el señor que vendía maní tostado en la “Bati- Locomotora”, vestido con un delantal blanco y gritando “*maní tostado y confitado calientito.*”

Lo quedé mirando al pasar frente a mí y seguí cantando. Imagino y puedo sentir el olor al maní recién tostado. Otro sonido a lo lejos; el de un silbato, que provenía de un carrito de productos Soprole, un tipo delgado con delantal blanco lo tiraba escuchando música. Era el lechero del sector. ¡Cuántas historias se tejieron en torno a su persona! Si hasta una canción fue inspirada en él. ¿Cómo no recordarlo?, ¡todo un personaje! Me saludó y siguió su camino no sin antes ofrecerme algún producto lácteo... o algo más (que dicen siempre llevaba). ¿Mito o realidad? No lo sé.

Allí apareció también un joven muy delgado, de baja estatura, al parecer sordomudo, tirando un carro de supermercado, al que le decíamos “El Zanahoria”, también conocido como “El Conejo”, que recorría las calles desde Independencia hasta Hipódromo Chile, vendiendo zanahorias, algunas ensaladas -no siempre muy frescas- y cualquier otra cosa que pudiera conseguir. No hablaba, solo emitía sonidos y gesticulaba con sus manos, siempre portando un tarrito por si alguien le daba comida. Era tan conocido, que hasta Zalo Reyes lo entrevistó para un programa de televisión que lo hizo más famoso.

Sin duda era una tarde que aun no terminaba. Me saludó otro gran amigo que se notaba con algunas copas de más. Lo llamaban “El Capachito”, un hombre mayor muy divertido y caballero, siempre sonriendo y con su típica frase “*Clarito que sí*”.

Ya se me hizo tarde y caminé a comprar cigarrillos a la botillería “El Rorro”, pasé a los *pooles* y ahí estaba, impávido como siempre, con su terno azul y fumando “El Flaco Gálvez”. Así le decían a este otro gran personaje del barrio, muy serio y de pocas palabras, mirando fijo y concentrado a los que jugaban alguna mesa. Algunos lo recuerdan siempre citando a Watson. Decían que había sido un tipo muy inteligente y que tanto estudio le pasó la cuenta; otros sostenían que era un matemático de excelencia y que muchas veces a más de alguno lo ayudó con alguna tarea a cambio de un cigarrillo.

Una fuerte balacera me despertó con esos ruidos que hoy son pan de cada noche y me di cuenta de que todo había sido un sueño en donde vinieron de vuelta estos amigos y personajes de mi barrio, tan ilustres, tan cercanos. Hace mucho que no se ven por nuestras calles. Nunca más se supo de ellos, personajes típicos y muy conocidos. Por seguro que se me olvidan unos cuantos Fue un lindo sueño que me hizo recordar muchos momentos de niñez y juventud. Acomodé la almohada y seguí durmiendo, pero antes de pegar pestañas, respiré profundo y agradecí.

## *El Cuco no existe*

(Cometa Escudero)

Pasó hace mucho tiempo, pero aun está conmigo.

Mi memoria es frágil y traicionera. Ya poco me acompaña. Me quedan eventos traumáticos fragmentados que quisiera olvidar. Solo la muerte les pondrá fin.

Recuerdo cuando en mi infancia estaba en la calle Diana, jugando con una pelota de trapo a la “pichanga” con mis amigos, cuando me llamó mi hermano y me dijo:

Sergio, anda a Vivaceta a buscarme un taxi, mientras yo termino de arreglarme.

En Avenida Vivaceta, después de más de una hora, en que pasaron como 3 autos y algunas micros, al fin vino un taxi. Le hice señas y paró.

¿Qué querís? - me dijo.

Le expliqué que mi hermano se iba a casar y necesitaba un transporte. Me abrió la puerta, me subí, lo guié por Nueva de

Matte. En Diana, los chiquillos ya no estaban. Llegué a mi casa y empecé a golpear la puerta. Por más que golpeé no se abrió y sentí miedo de la reacción del taxista.

Decidí arrancarme. Corrí por los jardines de mis vecinos hasta llegar a la casa donde el padre de Gabriel había muerto. Su familia, apenada, la había abandonado. Mis amigos y yo no nos atrevíamos a entrar, a pesar de que las puertas no estaban bien cerradas. Entré por la puerta del patio, la cerré y me senté en el suelo. Estuve horas inmóvil con más temor al conductor que a los fantasmas.

Por una abertura que tenía la puerta, que servía para meter la mano y correr la aldaba, miraba de vez en cuando.

Luego, ya más sereno, salí. Me fui por el pasaje Constanca, seguí por Freirina, Nueva de Matte y llegué a Diana. Al igual que en las otras dos calles, no se veía ningún vehículo.

Como en mi casa no habían llegado, me fui al Teatro Libertad, la boletería y la puerta de vidrio estaban cerradas. Me quedé esperando para ver a alguien y pedirle que me dejara entrar. Cuando una acomodadora pasó, le grité:

¡Ábrame la puerta!

Sin decirme nada, me dejó entrar. Me acomodé en una butaca y me dormí. Me despertaron cuando ya no quedaban espectadores. Salí a las calles vacías, oscuras y frías.

Cuando llegué a mi casa aún no había llegado mi familia.

A salvo ya, sin temor de fantasmas ni taxistas, me sentí seguro. Me acurruqué a los pies de la puerta y me quedé dormido.

Al otro día amanecí en mi cama.

## *Mi celadora*

(Cometa Escudero)

Yo vivía en la calle Diana y, al frente de mi casa, mi más querido amigo, Horacio. Tengo lindos recuerdos de alegres juegos, cuando leíamos “El Peneca”. ¡Un día Horacio llegó con “Barrabases”!

Mi madre me dejaba a cargo de mi hermana mayor, quien me pegaba por cualquier cosa con el palo de la escoba, la tabla de lavar, con lo que tenía a la mano y cayera por donde cayera. Yo buscaba refugio en la higuera del patio. A veces, no lograba trepar rápido y me alcanzaba, pero tanto lo intenté que al fin fui experto escalador.

Me dejaba en el patio, cerraba con cerrojo la puerta de la cocina. Yo, silencioso, me subía al muro del fregadero, pisaba la ventana del baño y escalaba a la losa del lavadero, ahí a saltos lograba afirmarme con las manos al borde de la ventana del segundo piso, pasaba por los dormitorios. Desde la ventana de la calle, me colgaba, me dejaba caer al jardín y escapaba hasta que llegara mi madre.

Un día, con Horacio, fuimos al cerro Renca. Partimos como a las 10 de la mañana, Salimos por Nueva de Matte, pasamos por el terminal de la Pila Cementerio 26, continuamos por la orilla del canal La Punta, que regaba las chacras y atravesamos la Panamericana, seguimos por un camino de tierra rodeado de zarzamoras. Al regreso venía preocupado por mi amigo. Yo sabía lo que me esperaba. Al final de la aventura, llegué a mi casa, me senté al lado de la puerta con el oído atento, pero mi hermana llegó por el lado de la calle. Me agarró del pelo y dijo:

—¡Son las 3 de la tarde!. ¿Por dónde te escapaste?

Me llevó de las mechas al lavadero lleno de lavazas, donde metió mi cabeza que la sacaba y la hundía. Yo tragaba y tragaba agua. Luego me sirvió el almuerzo y, aunque por las náuseas me ahogaba, me metió las cucharadas a la fuerza.

Pero la saqué barata porque la vez que me lanzó por la escalera, bajó y en el suelo siguió con el pie pegándome. No me quedó otra que ponerme en posición fetal protegiéndome las partes delanteras, la cara y con las manos, la cabeza, pero la espalda me la molió a patadas. Sin embargo, la quería. Miedo le tenía, pero no rencor. ¡Era otra época! ¿Cuánto habrá sufrido?

Con pocos recursos cocinaba de maravillas. Adultos ya, aunque ella sabía que yo no tenía necesidad, igual llegaba a mi casa con un plato de comida, y mandándome como si aún fuera un niño, me decía:

—¡Come, Sergito!

## *Horacio*

(Cometa Escudero)

En la población Vivaceta, todos los 18 de septiembre la junta de vecinos instalaba una fonda, organizaba carreras a pie, de ensacados, con una cuchara con un huevo y ponían un palo ensebado.

A mí me gustaban las carreras de ensacados porque el saco no me estorbaba, los chiquillos se enredaban. La del huevo no porque siempre se me caía.

En una de las Fiestas Patrias la pista fue desde Los Nidos por Acharán hasta Héctor Boccardo. Esa vez yo me subí al palo ensebado dos veces. En la primera no logré soltar de las amarras dos botellas de vino, había una pelota vieja y desinflada. No me acuerdo si la tiré al piso, pero nunca más la vi. En la segunda, provisto de unas tijeras, les estaba cortando las amarras, pero por altoparlantes escuché, que las dejara ahí y abajo me las daban. No recuerdo qué me dieron, pero no fueron las botellas.

En el último día del 18, yo estaba en mi casa cuando golpearon en la puerta. Abrí y era mi mejor amigo, Horacio. Me dijo:

– Sergio, en la fonda están ofreciendo un premio en plata a quien se suba al palo ensebado.

Me cambié la ropa y con la de las otras veces nos dirigimos hasta Los Nidos con Vivaceta, frente a la cancha. La fonda estaba llena de gente. El presidente de la junta de vecinos, don Germán Morales, con la directiva: don Carlos Bravo, “El Mamo”, don Samuel, el señor Corvalán, no recuerdo quién más estaba.

En la base del palo ensebado me eché tierra en los pies, los brazos, en la ropa y en los bolsillos. Al principio, los cabros me ayudaron por los pies y luego seguí solo, Era complicado sacar tierra de los bolsillos, pero llegué a la cima.

Al otro día se me acercó el Manolo, hermano un poco mayor de Horacio, quien me invitó a ver los afiches al Teatro Libertad. Ahí alabó tanto las películas que yo, inflamado, lo invité a verlas.

Habían pasado ya más de 50 años, cuando con mi gran amigo Horacio conversando recordamos la vez que me subí al palo ensebado. De repente, con voz lastimada, me dijo:

– ¡Llevaste al Manolo al teatro y yo te fui a buscar!

Velozmente, «una punzante flecha» me cayó, se alojó en lo más profundo de mi ser. Junto con «mis heridas», quedó: «su tristeza».

Ya no valen las disculpas ni que me justifique mil veces, ni de mil maneras.

Hoy llueve por mis mejillas.

## *Las pymes de mi barrio*

(Conita)

Cuando la vida se tornaba normal, todos seguíamos nuestras rutinas diarias. Pero, por esas pruebas del destino, llegó la famosa Pandemia Covid-19. Un virus que vino a llevarse a varios seres queridos. Algunos lograron darle la pelea; otros, no. Sin embargo, pese a tanto encierro, sumándole el temor a salir de casa y contagiarse, aparecieron varias pymes en la vecindad. Entre ellas, las ricas colaciones de la “Noé”, las exquisitas tortas de la vecina de Central, los pancitos amasados de varias vecinas, los postres, los pasteles, los pollitos asados y las colaciones que ayudan a darle vida a quienes trabajamos por teletrabajo.

Pero son más que pymes. Son vecinos que para seguir adelante han cambiado sus rumbos, dándole la posibilidad a la gente de obtener productos caseros al alcance del bolsillo. Lo lindo es cuando todos los clientes por los grupos de WhatsApp felicitan y recomienda las pymes. El apoyo entre todos ha sido primordial para seguir dándole la batalla a la crisis económica.

Hace meses que no veo a un caballero que pasaba todas

las tardes, tipo 17 hrs. tocando la bocina para avisar que vienen los algodones de azúcar y las cabritas. Un caballero que en los veranos se llevaba su pyme a la zona costera para aumentar sus ventas. Hace tiempo que no lo veo. Espero se encuentre bien.

No puedo dejar de mencionar la pyme de la vecina mamá del “Rucio”, que puso a disposición sus manos para preparar ricos pancitos, queques, tortas y pasteles para costear las curaciones del “Rucio”, un perro callejero que se ganó el cariño de los vecinos y en especial de la vecina que lo adoptó.

La solidaridad, la ayuda y el apoyo entre vecinos, dan fortaleza a las pymes y confianza para seguir la lucha por un mundo que día a día se vive bajo incertidumbre.

## *El torneo*

(Dr. Quezada Acharán)

Mi barrio es sitio de misterioso misticismo. En retrospectiva, con más de cuatro décadas, lo afirmo sin presumir ni exagerar. Fui un chico travieso que gozaba de la libertad de hacer de cada día una aventura en las calles del barrio. Pero mamá tenía *pajaritos* que le contaban todo; llegando a casa pasaba revista y aplicaba su sabiduría. La actividad que yo disfrutaba a raudales era jugar a la pelota. Desde la mañana en los recreos de mi escuela situada entre las calles *Huasco* y *Los Nidos*; por la tarde, en cada plaza o calle y, ya solo contra la muralla del *Teatro Libertad*, hasta el ocaso. Me fascinaba vivir junto a la mítica *cancha barrial* de la avenida principal *Fermín Vivaceta*, arena cotidiana de emocionantes duelos y festejos. Coronada por el *Torneo* anual de *baby fútbol*, que congregaba a las mejores escuadras de las *unidades vecinales* aledañas unidas a centenares de sus fanáticos. Esta cruzada épica bautizaba a su humilde grada para 50 asientos en *platea alta*; tejados, árboles, rejas, ventanas e ingeniosos elementos en *platea baja*; y sus calles adyacentes en *graderías*. ¡Ay! No imaginan cómo fantaseaba conformar la escuadra de honor. ¡Jamás falté a una

práctica infantil! Mas nunca desplegué el talento y magia de los *crack*. Llegó el día en que fui reclutado a las juveniles y así, al año, convocado como reserva del *Torneo*. Debutaría en los descuentos del duelo preliminar en posesión de una irremontable ventaja en el marcador. ¡Me expulsaron al minuto! Fueron momentos angustiantes. El rival aprovechó esa superioridad empatando y dominando las acciones. Obtuvimos, por fortuna, un agónico triunfo por diferencia mínima. Me sentí fatal. Me asombra cómo aun, pasados tantos años, puedo recordarlo. No volvería al campo, sino hasta la finalísima. La ironía del destino me lanzaba al frente de la batalla final. Numerosas expulsiones en ambas escuadras no dejaron más opción que enviarme al rectángulo en el alargue. Cuatro atletas por escuadra y un debutante. Acontecería un giro extraordinario e inesperado. Mientras a los demás jugadores los gobernaba el nerviosismo y el error, en mí despertó la chispa del talento. Desvié dos tiros a nuestro arco de su máximo artillero y convertí dos goles de impecable factura que nos consagró la victoria del *Torneo*. Disfruté del efímero pináculo popular y grabé con tinta indeleble la moraleja de que nada era imposible.

## *El Taly*

(Dr. Quezada Acharán)

Tengo dificultad para enfrentar el dolor de la pérdida. Y pienso que el barrio brinda alivio, consuelo y recuerdos. He perdido a personas que amé sin medida. Primero, muy niño, a mi abuela paterna, quien me bautizara como su *Príncipe Azul*. Su devoción era intoxicante y despertaba los celos de mis tíos. Era la tradicional costurera del barrio, todo el día al pedal de su máquina de coser. Tenía una relación muy hostil con su cuñada, modista de alta moda, a quien odié por consecuencia lógica. Jamás sospeché que, tras la muerte de mi abuela, ella ocuparía un lugar en mi corazón. Sin embargo, también la perdí tempranamente. Entre estas tristes circunstancias, mi mejor amigo, mi hermano *Taly*, a quien había elegido sobre todo y esperaba formara parte de mi vida por siempre, falleció a sus 20 años como consecuencia de un accidente de auto. Fuimos compañeros en la básica en la escuela ubicada en calle *Huasco* y luego en el *liceo Independencia* de calle *Palermo*; nuestras madres eran amigas; vacacionamos juntos por años; éramos inseparables; recorrimos toda la superficie del barrio; *rockeamos* y bailamos en muchas casas; reposamos en

cada cojín de pasto. La desgracia sucedió un verano. En Iquique me estremece la noticia, que luchaba por su vida en el *Hospital San José*. Logré llegar a su funeral. Recuerdo que la pompa fúnebre recorrió el barrio, enfiló por calle *Maruri*, zona de *feria* donde vendíamos chucherías; cursando los colegios de calle *Huasco*, escenarios de populares *kermesse* y competiciones de quién bailaba con más chicas; galopando hacia *Hipódromo Chile*, donde fantaseamos montar a esas majestuosas bestias; y concluimos en *Plaza Central*, donde los vehículos del cortejo coparon su ancho óvalo, tronando al unísono y acompasados sus bocinas, sintiéndose como un desgarrador grito de dolor en el cual fundimos los nuestros. La muerte es parte de la vida y nos espera en algún recodo del camino. Mas confieso lo difícil que es lidiar con el insondable vacío que deja la pérdida. A décadas de ese fatídico día, recorro el barrio y en ocasiones me parece ver al *Taly* sentado en algún banquillo; o lo confundo con alguien que imita el original contoneo de su andadura. Conservar nuestros barrios es un imperativo social. Sus esquinas, fachadas, veredas, árboles y áreas verdes, contienen tesoros, secretos, vivencias, promesas. Guardan la memoria de todo lo que nos hace humanos.

## *Magia de amor*

(Dr. Quezada Acharán)

En mi barrio aprendí el amor. Conservo imborrable un recuerdo a los tres años cuando mi tío me llevó de paseo sobre sus hombros a la *plaza Fidel Muñoz*, donde solo había diversión. Eran tiempos de pandillas tipo *Grease Brillantina*, y en una escaramuza confundieron a mi tío. De pronto, un noble caballero nos asistió irradiando respeto y esos muchachos se marcharon. Brotó así una espontánea plática y partida de ajedrez entre mi tío y nuestro salvador, quien confiaba a mi lado una bellísima ángel que lo acompañaba. No dominaba palabra, y aun así fluyó la magia bajo su hechizo. Jamás olvidé aquel encuentro celestial, de verdad nunca. Sin éxito rastree su huella de luz y me consolé con sus apariciones de ensueños infantiles. En la pubertad me estremeció un sentimiento similar. Conocí a una chica que frecuentaba a un amigo que vivía en plena *Avenida Fermín Vivaceta*. Abandoné toda aventura callejera para alistarme de comparsa, siempre que esa chica estuviera de visita. Sin embargo, circunstancias inesperadas nos alejaron; mas siempre conservé su aroma y el dulce placer de su compañía. En breves años reanudamos nuestra amistad,

mérito de *videojuegos* instalados en los *Colectivos* de calle *Héctor Bocado*, frente a la *Piscina y Cancha Vecinal*, a metros del *Teatro Libertad*. Fueron el epicentro de una naciente convergencia juvenil, en la agonía de la dictadura y plena eclosión del *rock* anglo y latino. Embriagado de ella, aún siento el aroma de los ciruelos en flor en nuestros paseos al crepúsculo en derredor de las calles *Acharán*, *Los Nidos*, enfilando por *Escanilla* hacia *Plaza Central*, y regresando por *Maruri* y *Plaza Fidel Muñoz*, hasta los *videojuegos*. Siempre abrigué la idea de que una conspiración nos distanció. El misterioso y sabio destino lavaría y borraría el sufrimiento con mis lágrimas de decepción y rechazo. Ya a fines de la enseñanza media, una nueva compañera despertó mi interés como ninguna otra muchacha en el liceo de calle *Palermo*. ¿Acaso era la misma chica que había roto mi corazón? Buenos momentos conservaron sellada esa caja. A poco, el tiempo nos bendijo como pareja y desde allí nunca nada ni nadie nos separó. Lo maravilloso de esta, nuestra historia, es que hace algunos años recordando mi encuentro con un ángel a mis tres años, resultó ser ella. Aquel ángel. Fue siempre ella, mi amiga y amor de mi vida.

## *Sábado 15:30*

(Por, G. Gatuzzo)

Hoy vence el plazo para escribir algún relato sobre el barrio. Mi nieta, que ya escribió el suyo, me dice: “Ya pos, tata, escribe algo”. “No sé -le digo- no soy bueno para escribir relatos. No tengo idea de qué escribir ni sobre qué, y me da un poco de vergüenza que todos lean lo que uno escribe”.

“Pero ¿qué importa? Te pones un nombre de mentira, un seudónimo” -me dice. Yo pienso un nombre que parezca de escritor y se me ocurren un montón. “Ya se me ocurrió uno, y ahora ¿qué escribo?” -le pregunto a mi nieta.

“Escribe de cualquier cosa que haya pasado en el barrio. Acuérdate de que llevas hartos años viviendo aquí” -me dice ella. Siento como se me vienen los años encima. “Ya... es que no se me ocurre nada. Solo me acuerdo de nombres y cosas puntuales”.

“Eso tienes que hacer. Tienes que escribir sobre esas cosas. Haz una lista de todos los recuerdos y elige un tema” -me dice ella, confiada en que encontraré rápidamente, dentro de todos mis años de recuerdos viviendo en el barrio, algo que contar. Pero

pienso y pienso, y nada me viene a la cabeza. Solo pequeños recuerdos fragmentados.

Escuela 18. Es lo primero que se me ocurre después de, como dicen los siúuticos, una tormenta de ideas.

Le cuento a mi nieta que cuando llegué a cuarto de preparatoria a la 18, entrábamos muy temprano. Nuestro profesor se llamaba Lientur Yáñez y vivió muchos años en calle Diana, cerca de donde vivía yo con mi familia. Muchos se deben de acordar de él, sobre todo de los coscorrónes. Todos le decíamos “Sr. Níñez”. Éramos chicos y nos explicaba que su nombre Lientur era araucano.

Otros profesores que recuerdo son el Sr. Contreras, el Sr. Venegas y, cosa importante de la escuela 18, el famoso dentista. Había un dentista con sala totalmente equipada, donde a todos los alumnos nos revisaba la dentadura.

Trato de acordarme de nombres de mis compañeros de esa época, pero ya no recuerdo. Han pasado más de sesenta años. ¡Qué me voy a acordar! Pero tengo una foto. Tengo una foto de esa época, donde aparecemos todos nosotros, hasta el Sr. Níñez. Me gustaría mostrártela algún día.

“¿Viste? -me dice mi nieta. ¿Viste que era fácil?. ¿Y de qué más te acuerdas?”

“¿Te parece poco? ¡Era la 18!”

## *Una vez scout, siempre scout*

(Hugazo)

Desde hacía algún tiempo que no caminaba por la Plaza Fidel Muñoz un día sábado. Lo hago por lo general en días de semana y en horarios cuando no circula mucha gente, pero en esta oportunidad me fijé en un grupo de niñas y niños con un uniforme color verde y se me vinieron muchos recuerdos.

Me transporté a mis años de niñez cuando yo también lucí ese uniforme, casi idéntico con pantalones cortos, pañoleta e insignias que tenían diferentes significados.

Recuerdo que mi primer encuentro con el mundo *scout* fue en un terreno donde está emplazada actualmente la sede de la Junta de Vecinos en la calle Freirina con Nueva de Matte. Ahí nos encontramos muchos amigos del barrio y también compañeros de la Escuela 18.

Tenía unos nueve años y mi hermana Norma me acompañaba, ya que mi madre no creía en “esas leseras”. Lo cierto es que debo de haber estado algo así como un año como Lobato. Yo no entendía bien, pero me decían que pertenecía a la Brigada Robert

Baden Powell... para que ustedes sepan, él fue el fundador del movimiento *scout* en Inglaterra y en el mundo.

Después hubo que terminar ese grupo, ya que el local se utilizaría para otros fines.

Pasaron algunos años y en el año 1972, ingresé a la Tropa Gran Bretaña de la misma Brigada de *Boys Scouts* Robert Baden Powell. Sin embargo, en esta oportunidad fue en la Escuela 18. Allí viví momentos maravillosos: excursiones, encuentros, campamentos, fogatas, canciones y amistad. De hecho, mis mejores amigos y de mayor data son de esos años. Todo ello en un marco valórico de servicio, fe, respeto, superación personal y, fundamentalmente, pensar siempre en el otro antes de actuar.

Términos como “tropa”, “patrulla”, “pañolín”, “formación”, “nudos”, “carpa”, “mochila” y tantos otros, se fueron haciendo parte fundamental de la vida de muchos de nosotros, sin mencionar el contexto político y social. En efecto, mucha influencia militar, marchas, banda de guerra; pero nuestra inocencia fue capaz de sortear ese contexto nefasto.

No puedo terminar este relato sin mencionar a algunos personajes que recuerdo: Don Juan Segundo Díaz, uno de los miembros más destacados del movimiento *scout* en Chile; su esposa, la temida profe Aurora Valdés: una sola que hicieras y “las lagartijas” y “los 90°” no te los sacaba nadie; el eterno Jefe Wilfredo Valencia, que te enseñaba a cortar leña, hacer nudos, signos de pistas y tantas cosas; “El Canario”, que imitaba igualito a ese pajarito; “El Guapo Tudela”, que se creía “encachao” o “mino”, como se dice ahora, y los hermanos Arias. Otros más que menciono como parte del paisaje “El Guatón Cristian”, “El Flaco Leiva”, los hermanos Rojas, “El Chico Mario” y mis amigos entrañables Héctor Sepúlveda, el Toty, Pablo y Mauricio Rojas, “El Negro Pizarro”, amigos que atesoro hasta hoy.

¿Cómo no voy a agradecer Dios y a los *scouts*, si a la compañera con la que hoy compartimos una vida maravillosa plena de felicidad la conocí gracias a este movimiento que ha perdurado por más de 110 años?

Dios bendiga a este barrio maravilloso, lleno de recuerdos y experiencias sin igual y, como decimos los *scouts*: “UNA VEZ SCOUT, SIEMPRE SCOUT”



## *Las reinas de la Julio Soto*

(Jandy)

Corría 1907 cuando a las chacras del norte de Santiago llegaron los padres de Teresa, Mercedes y Ana María, protagonistas de este relato.

Ellas han sido testigo y creadoras del barrio de Reina María. Cada una de ellas, cumpliendo diferentes funciones, provocó un cambio en sus vidas, en las de sus familias y en la sociedad. Han hecho que su historia sea la historia de todos.

Con la llegada de estos emigrantes, nació el barrio que tenía quince cuadras, de Monterrey a Reina María. Como su mayor problema era el agua, se organizaron y en la Ferretería “El Tata” fundaron la junta de vecinos. Así fueron logrando mejoras para el sector.

En la calle Reina María, que era de tierra y con barras para amarrar los caballos, había algunas casas con un pilón que permitía juntar agua para todo el día.

Todas las niñas íbamos en la escuela de la CEPAL depen-

diente de las Naciones Unidas. Los varones iban donde el cura del Piano, quien merece un capítulo especial.

En el año 40 llegó La Ferrilloza, donde trabajaron muchos de nuestros maridos; otros lo hacían en el Hipódromo. En el año 50 llegó el teatro a Viena con Vivaceta. Los días domingo íbamos a los rotativos de películas mexicanas en el Teatro Libertad.

El terremoto del 65 dañó una gran cantidad de viviendas. Las mujeres nos organizamos y antes de que llegaran personas de otros sectores, nos tomamos el terreno donde nació la Julio Soto. Con el tiempo, a través de la operación sitio, pudimos obtener nuestro terreno. Yo hacía 50 jardineras diarias para ir juntando la plata para pagar el sitio. Las casas fueron de autoconstrucción. Nos traían ripio que poníamos en unos carretones y lo echábamos en las huellas que luego serían las calles actuales. Los terrenos estaban llenos de zarzadoras. Como la acequia inundaba casi todos los años el sector, nos conseguimos escombros y tapiamos el ingreso del canal para no inundarnos. Se formaron tres grupos de vigilancia mixtos para que no vinieran de otros lados a quitarnos los terrenos.

Poco a poco se fue tomando forma la población Julio Soto gracias a la organización existente, Logramos que de letrinas pasáramos a alcantarillado y de estar colgados, a tener luz propia. Posteriormente, con la ayuda de proyectos, hemos ido mejorando nuestras casas.

Nosotras nos sentimos orgullosas de nuestras viviendas y barrio. Sin embargo, lamentamos que todavía en 2022 haya tantas familias sin un techo digno y propio.

## *Despojada*

(Jandy)

Alba tenía quince años cuando su padre le echó de la casa. Con unas pocas “chauchas” y unas cuantas “pilchas”, llegó a una pieza compartida en Vivaceta, cerca de la Ferriloza.

Ella corre por Reina, llevando las viandas a los trabajadores de la Ferriloza, donde conoció al capataz Espinoza. Unos pocos coqueteos y se fueron a vivir juntos, construyeron una rancho en un sitio eriazo al lado del canal, donde hoy muestra orgullosa su casa. Con Espinoza puso cada tabla, clavo y ladrillo que forman esta casa, hace ya 67 años.

Con ochenta años a cuestas, Alba abandona su cama cada día cuando su viejo despertador da las cinco de la madrugada. Se coloca una chomba y espera en la puerta a Francisco, un ex chofer de la Matadero Palma que con la misma fidelidad del viejo despertador, la pasa a buscar en su taxi.

A las seis está atendiendo en la Corpoflor, su relación ha sido su rutina desde hace ya cuarenta y siete años, desde que cayó muerto Espinoza producto de un asalto. Ella quedó con tres ni-

ñas, les dio educación y una profesión. Alba pensó que al fin vendrían tiempos mejores, pero ella es de esas mujeres que llevan la desgracia pegada al cuerpo.

Alba hoy no fue a vender flores, camina por los escombros y recuerda a cada uno de los que ya se han ido, porque sus viviendas fueron demolidas. Ella no acepta la expropiación. Considera que hay cosas que no se transan y que no se les puede asignar un valor monetario. Pero su tiempo se acabó: las máquinas están en la puerta de su casa, listas para entrar en acción al otro día.

Entra a su patio, mira los árboles y recuerda que cada uno de ellos lo plantó junto con Espinoza para celebrar el nacimiento de cada una de las hijas. Cada rincón la llena de nostalgia, siente nuevamente la alegría o tristeza vivida en ese lugar, lo único que ha sentido propio.

Sus hijas ya tienen casi todos los muebles en la calle. Alba se aleja del tumulto, cansada de tantas veces que la vida le ha despojado de lo amado. Se recuesta en su cama cuando ya cae la noche. Siente que la luna que la alumbra con su luz senil la acaricia. Se siente en paz, “¡Espinoza, Espinoza, abrázame!”

Alba fue y será un personaje de nuestro barrio. Ahora está junto a su amor: el Espinoza.

## *Celinda*

(Jandy)

Es tarde en Independencia. Es tarde en Reina María. Mientras tu máquina de coser traquetea sobre la tela negra, azul o café de las cortinas de una empresa de Coronel Alvarado.

La máquina está encendida igual que la estufa a parafina con la que calientas tus pies. Estás en un cuarto oscuro y frío del fondo de tu rancho, pasas gran parte del día sentada bajo la ampolleta encendida en un cuarto sin ventilación que es tu taller de aparado.

Tú y tu máquina han echado raíces al igual que tus plantas. Ellas te permiten llegar hasta tu cama, ocho metros al oriente de tu máquina o hasta el baño del patio. Raíces que una vez al mes se extienden hasta el consultorio, setecientos metros al norte; o a la calle donde pagas tus cuentas, cinco kilómetros al suroriente que recorres feliz en micro porque, digámoslo, Celinda, te encantan los helados que puedes tomar después de ajustar cuentas con el *retail*. Ese es tu placer secreto, tomarte un helado de barquillo doble.

Celinda, lo más sobrecogedor en esta escena es el silen-

cio contra el que lucha tu máquina de coser. Todos duermen, tú trabajas de noche con tu máquina estruendosa que hace tiritar las paredes con el ir y venir del hilo atravesando la tela. Es una máquina indiscreta, fría. Ha sido tu compañera más fiel, la veta de metal precioso que te permitió fundar tu pequeño imperio, alimentar y educar a los tuyos y una vez al mes, tomarte un helado cinco kilómetros al suroriente de tu máquina de coser.

Celinda nunca perteneció a un sindicato, pero trabajó setenta y dos de los ochenta y cinco años que vivió en este planeta. Y en cada uno de sus trabajos tuvo frío. No bastó que sintiera frío; ella tuvo frío. Qué duda cabe: también tuvieron frío las inquilinas, lavanderas, las trabajadoras de casas particulares, las jubiladas por pensión asistencial de la Historia de Chile.

Los censos ni las encuestas laborales registraron el temple de su experiencia.

Si hubiese existido un sindicato de trabajadoras friolentas, con justo derecho Celinda habría podido ser socia fundadora, ella pasó frío, trabajó en y con frío y por eso no fue extraño que se detuviera tu máquina de coser una muy fría mañana de junio. Lo más triste es que debido a la pandemia te fuiste sola y tus amigas y vecinas de Reina María tuvieron que llorarte en el encierro.

## *La Casa Embrujada*

(JM)

Año 1930. En la comuna de Independencia, Población Los Castaños, región Metropolitana, el arquitecto chileno de origen polaco Luciano Kulczewski, estuvo a cargo de construir 84 viviendas con una mezcla de estilos Art Nouveau y Art Decó.

Una de estas casas pasaría con el tiempo a destacar sobre las otras.

En sus inicios, la casa tuvo una familia tranquila, sin mayores preocupaciones, pero pasó el tiempo y la casa fue vendida.

Primero fue una casa de remolienda, donde por las noches se realizaban fiestas, bailes, había diversión y muchas mujeres prestas para todo tipo de servicio.

Después pasó a manos de una empresa de embalaje de muñecas, para años más tarde, un nuevo dueño la convirtió en una curtiembre.

Con el transcurso del tiempo, se convirtió en un centro de aborto clandestino. Tras numerosas y consecutivas ventas, la

casa situada en la esquina de Francia con Escanilla, pasó un largo tiempo desocupada y se ganó la fama de ser una Casa Embrujada.

Esta casa tiene un diseño que la hace ver tétrica. En lo alto de una esquina se encontraba una gárgola con cabeza de cerdo y cuerpo de perro de donde colgaba un faro. En esa misma esquina hacia afuera, destacaban, en cada pilar, unas cabezas de macho cabrío. Se cuenta que quien pasara por fuera de la casa desocupada, escucha ruidos, llantos, gritos y podía distinguir gente asomada por las ventanas.

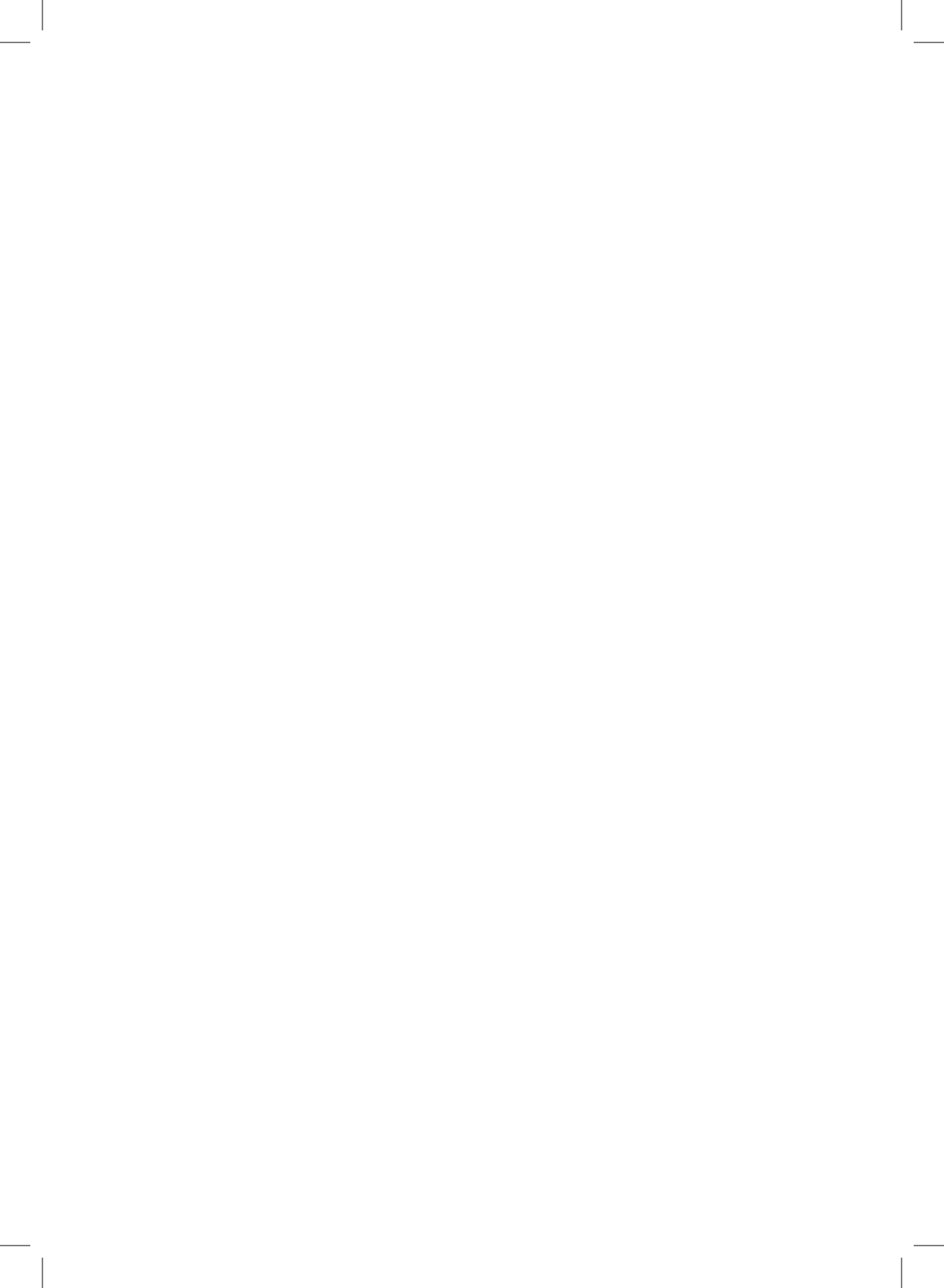
Aun así, una familia estuvo dispuesta comprar esta distinguida casa.

Cuentan que la abuela de la familia, que tenía habilidades de ser médium, realizó un rito de limpieza antes de habitar la casona, y que se vieron varios espíritus huyendo por los techos, haciendo ruido, revoloteando, hasta desaparecer. Eran los malos espíritus.

Dicen que durante los necesarios trabajos de reparación a los que fue sometida la casona antes de ser habitada, se encontraron cosas muy extrañas, como por ejemplo, un cráneo de gato con dos clavos atravesados en cruz. Por las noches, los maestros que se quedaban en la casa a dormir oían aterradores ruidos, grifos que se abren, puertas que se cierran con fuerza. Se les desaparecían herramientas que luego encontraban en otro lugar, y eran destapados por las noches.

Terminadas las reparaciones, antes que la familia habitara la casa, por precaución, nuevamente la abuelita realizó otra limpieza de energías, con lo cual disminuyeron las cargas negativas, pero no cesaron. Finalmente y a pesar de todo, la familia se dispuso a vivir en la casa, ante el asombro de todos los vecinos.

Los sucesos paranormales continuaron, aunque con menor frecuencia. Se dice que ahora es distinto, porque aparte de escuchar ruidos, se pueden ver espíritus de niños(as) rondando por la casa, riendo, corriendo etc. Pero todo es normal para esta familia que continúa viviendo en la casona de Francia con Escanilla. Es muy extraño.



## *Da más vida la muerte menos temida*

(Kamil Vele)

Hay recuerdos que vienen a ti como si hubiesen pasado ayer o antes de ayer. Esos que sientes, sonrías, atraes y entiendes.

Tenía cinco años, un poco más o un poco menos, y, como todas las tardes, partimos a un rumbo nuevo desde Nueva de Matte, mi calle. Íbamos de paseo. Mi tata me dice: “Ya es hora.” Yo solo asiento, feliz porque llegó el momento de salir a pasear por el barrio entero.

Veredas rotas, como mis botas, camino lento, detrás de mis perros.

Como mis recuerdos, miro hacia lo lejos: mi tata marchando con sus pasos buenos. Aquí es donde freno, y ahora entiendo cómo este barrio me dio mis mejores momentos. No puedo olvidar aquellos paseos, en las tardes de verano, por las plazas y calles de este barrio eterno. Algunas cosas han cambiado, como los sentidos de las calles o lo verde de los árboles tan altos. Las casas no tanto, siguen igual de lindas, como en mi memoria resguardo. Tal vez, sus colores, ventanas y olores, pero hay algo que no ha

cambiado: mi tata Mc Giver, como me gusta llamarlo. Me caen lágrimas de solo pensar que todos estos años vividos en este barrio, algún día solo serán recuerdos que ya extraño. Tantos paseos, tantos momentos, en la Plaza Fidel y en este encuentro.

Mi relato es de un recuerdo, de algo que no olvido, de algo que me acuerdo, cuando pasé por una vereda rota, de calle Nueva de Matte, con hoyos y rocas. Me caí y me rompí mis rodillas. Ambas quedaron rojas.

No puedo olvidar aquel momento en que mi abuelo me miró y me dijo: “Bueno, te levantas sola. Eres fuerte, no llores. **Sé valiente.**” Pero yo lloraba sin parar, para que mi tata me fuera a socorrer. Él, en cambio, siguió firme y derecho sin mirar atrás. Después de unos minutos, me levanté, sequé mis lágrimas y seguí su camino, sin entender el porqué de aquella hazaña. Recuerdo que llegué a mi casa, triste, sin entender por qué mi tata no me había rescatado de aquella caída que tanto me dolía. Me senté en mi silla roja, en el living de mi casa, a llorar un buen rato.

Ahora, para mí, todo está claro: mi tata quiso enseñarme que fuera aguerrida, cuando me dijo: “Niña mía, da más vida la muerte menos temida.”

## *Desde mi ventana*

(Kamil Vele)

Desde mi ventana, escribo este relato sobre mi barrio tan amado. Desde mi ventana miro a lo lejano, hasta el Cerro Renca, el cielo azulado. Desde mi ventana, mi cárcel de algunos años, a ti mi barrio, te cuento, mi mente tuvo un engaño. Desde mi ventana, comienza este relato, del cobijo que fue para mí mi barrio.

7AM me levanto, lucha diaria, no quiero dejarlo. 8AM, salgo, rumbo al paradero de Nueva de Matte con Freirina. ¡Qué calvario! Recuerdo que me sentaba en el paradero, algo extraño estaba pasando. Miraba hacia Vivaceta, la B23, todavía no se acerca. Miraba hacia Independencia. ¡Qué miedo! Algo me aqueja.

Ya no estaba desde mi ventana. Estaba en la calle, cruzando Diana. Quiero volver a mi ventana, donde mi barrio tranquilo estaba.

Los días y días pasaban, el dolor aumentaba. No sabía qué era. Solo sabía que mi hogar era Vivaceta Norte y Sur, una población de Independencia.

Desde mi ventana, hoy miro con extrañeza, como el tiempo corre y el barrio se encarcela, Av. Hipódromo Chile y unas torres largas, que al fondo sobresalen y se asemejan a las rejas de mi ventana que un día encarcelaron mi vida entera. Desde mi ventana, escribo esto, que, en el fondo, no es solo un cuento. Desde mi ventana, lo que expreso es que, a pesar de la prisión, ¡miren qué lindo es todo lo que me encuentro, mirando hacia afuera, más allá de mis penas! Desde mi ventana, hoy cuento esta confidencia, de cómo mi barrio, un día, me salvó de la tristeza.

## *Todo, menos libertad*

(Kamil Vele)

Patrimonio mío, ¿dónde te has metido? Patrimonio vivo, ¿qué norte has elegido?

Población Chorrillos, el olvido se ha metido. Por Vivaceta, como el arquitecto, tu teatro has querido.

Clásico de domingos, panorama entretenido. Te miro y te miro, y no creo en el olvido.

Tu cuerpo, tu alma, cultura viva es el destino, cultura muerta, mi delirio.

Año setenta, este proyecto se aleja. Cine, ¿qué ha pasado? Con aquellos años claros, en que todo era iluminado, cancha, piscina y barrios ¡qué años dorados!

Tal como en este momento, el teatro es todo menos esto; tal como este momento, tus recuerdos son honestos. Entre risas, sueños, amores y pololeos, el Teatro Libertad es parte de esto, una historia, un recuerdo que muchos han expuesto. No te viví como quisiera, pero espero que me quieras, como yo a ti, teatro,

que quiero que eterno me seas.

Cultura muerta, que este barrio aqueja, la plaza se aleja de ti y de toda esta protesta. ¡Qué pena que sienta, Héctor Boccardo y Av. Vivaceta, caminos que llevan a un espacio de reminiscencia!

Porque hoy el teatro es todo, menos Libertad, en un barrio encarcelado por la cultura de la individualidad.

## *Mini carrera central*

(Kike G)

Un silbido típico para encontrarnos en la esquina. Nadie lo planeó: solo lo hacíamos. Justo en esa época de verano salíamos en bicicleta, la mayoría mini Caloi, Bianchi o, como la mía, una Cic color lima. Generalmente éramos 6 ó 7. Nos gustaba correr desde el portón de lata en la Plaza Venecia, hasta dar la vuelta en la última plaza de la Central y volver a toda velocidad subiendo por Escanilla por donde corría también la Ovalle Negrete.

Esa tarde me encontré frente a frente con ella. En segundos me roncé, aplicando el freno y gracias a Dios el micrero igual, causando un chirrido súper escandaloso y típico de esas micros. Nunca supe lo que ese micrero me gritó, pero sí me lo imagino.



## *Ceda el paso*

(Kimberly)

Era el 9 de mayo de 1988. Lo sé porque lo celebro cada año junto con el cumpleaños de mi mejor amiga, la Karina. Tenía 9 años y estábamos en 5° básico.

En la cuadra varios de nosotros estudiábamos en el mismo colegio, el Juan Pablo I de la calle Inglaterra. Esa mañana, como casi todos los días, mi hermano se había ido antes porque no le gustaba esperarme. Yo siempre estaba un poco atrasada. Eran como un cuarto para las ocho y, por suerte, al asomarme a la puerta, íbamos saliendo varios amigos al colegio y entre ellos estaban mis vecinos del frente con su papá que los llevaba en auto. “¿Los llevo?” Preguntó el tío José. Era la pregunta más esperada, la esperanza de no llegar tarde, evitar el castigo, la comunicación en la libreta y el reto de mi mamá por llegar atrasada una vez más. Nos subimos al Seat rojo de 3 puertas. Íbamos tres atrás y uno adelante junto al tío José, que tan amablemente se llenaba de cabros chicos y nos llevaba.

No habíamos avanzado ni tres cuadras cuando en la esqui-

na de Los Nidos con Escanilla, un Opala blanco enorme se nos vino encima. Un bocinazo, un ruido estrepitoso de frenos. Luego vino el choque y una confusión de segundos nos dejó volcados, preguntándonos confundidos: “¿Que pasó?” Llorábamos asustados. No me podía mover, me dolía mucho el hombro. Estábamos todos vivos, asustados, confundidos y adoloridos, pero vivos. Empezaron a llegar los vecinos en pijama; luego, los carabineros. Comentaban que el suelo estaba resbaloso, pues estaba garuando. Me sacaron por la maleta, porque el auto estaba achurrascado. Después rápidamente nos trasladaron a la posta del Roberto del Río. Cuando todo pasó, en la Quinta Comisaría, todos juntos, yo feliz con el yeso enorme por mi clavícula fracturada, nosotros, los vecinos y amigos, nos reíamos por las pintas de nuestras madres en pijama, chasconas y por haber salido vivos de eso.

Hoy no hay un “ceda el paso” en esa esquina. Gracias a nosotros, lo cambiaron por un disco Pare y aquel día inolvidable nos une como una experiencia única, al igual que tantas otras con los amigos del barrio.

## *La Polla Gol*

(La Nona)

A fines de los 70's, a mi papá se le ocurrió abrir una agencia de Polla Gol. Esto era (explico para los más jóvenes) un sistema de apuestas del fútbol que llegó de España, en el que se marcaban las opciones en un volante con posibles resultados de los partidos de esa semana. La agencia estaba en Fermín Vivaceta frente a Av. Francia. Por lo tanto, los clientes eran de todo el sector y, por supuesto, muy variopintos.

De lunes a jueves, en la mañana atendía solo mi papá, pero el jueves en la tarde y el viernes trabajábamos con él los hijos mayores, mi marido, y uno que otro amigo. Así nos ganábamos unos pesos.

Los clientes llegaban en masa el viernes con muchos volantes. Entonces teníamos que copiarlos a mano en una tarjeta. Conocimos a toda la gente del barrio y de talleres, empresas y fábricas del sector.

Los viernes cerrábamos entre 1:30 y 2:00 A.M. Luego hacíamos caja y terminábamos de madrugada.

Entre los clientes había personas muy interesantes, en distintos sentidos, que llegaban a jugar y se quedaban conversando con mi papá o con quien estuviera de turno. Don Bolívar Sánchez era un señor muy instruido y elegante que hablaba de música clásica, literatura y filosofía e incluso había escrito algunas cosas. El ‘socio’, (él decía que cuando ganara iba a repartir el premio con nosotros) era un vecino de la calle Padre las Casas que trabajaba en la Windsor Plaqué. JJ Carrillo era otro personaje; llegaba siempre chispeante, era muy bueno para la talla, siempre estaba contento y nos alegraba la jornada. Washington Villarroel, que había jugado en la UC y era amigo de mi papá que era hincha de la UC. Don Willy, vecino de nosotros y papá de mis amigas, iba a jugar y se quedaba conversando largo rato con mi papá. Era muy simpático. Y tantos otros que no recuerdo sus nombres.

Con el paso del tiempo, nos cambiamos a la calle Corregimiento. Allí empezaron a trabajar mis hermanos menores también y, seguíamos conociendo gente. De donde “La Carlina” también eran nuestras clientes y conocimos la vida de muchas de ellas, por cierto, nada fácil. Años después, hubo otro cambio de local, esta vez en Río Jachal con Vivaceta, donde trabajó mi hijo mayor con su tata. En ese tiempo la Polla Gol empezó a decaer hasta que mi papá cerró el local, porque ya no valía la pena.

## ***¡Feliz Año Nuevo!***

(Laury's)

¡Feliz Año Nuevoooooo!, gritamos todos, al ver los punteros del reloj marcando las 12 de la noche. Con los corchos del champagne volando por los cielos, todos les hacíamos el quite para que no nos llegara un corchazo en la cabeza. Todos ahí, con la típica TV, viendo los fuegos artificiales de Valparaíso.

Se abrían las puertas de la casa y afuera todos los vecinos abrazándose unos con otros. Ahí empezaba el desfile. Casa por casa, abrazando a quien se nos cruzara en el camino. Cada vecino te recibía con un vaso de cola de mono o más champagne en medio de la típica canción de Tommy Rey. “Un año más que se va.....Un año más ¡cuantos se han ido yaaaaa!”

Nuestros padres se quedaban conversando y ahí ¡zassss!, aprovechaba de escapar a reunirme con los amigos. Comenzaba el recorrido por la Plaza Central. Caminábamos por Maruri y ahí, un abrazo tras otro, ya que todos nos conocíamos. Pues decir Plaza Central, era como decir ir al patio de la casa, pues era el punto de encuentro de todos.

Llegar hasta la botillería de “Il Rorro” era llegar al otro centro de reunión.

Era difícil entrar, pues estaba llenooo. Ahí estaba la Sra. Nena de los *pooles*, madre de mis amigos Cabeza, a quien con cariño la llamaban “La Rucia de los Pooles”. Con una bandeja llena de copas con cola de mono, hecha por sus manos, le servía a cada uno que iba llegando. La conservadora de helados estaba llena de botellas de cola de mono, pues todos los vecinos eran sus clientes y Don Manuel, tras el mostrador saludando de la mano y muy serio a cada uno que iba entrando para comprar los cigarrillos o algún bebestible para la fiesta de Año Nuevo que se organizaba en la casa de más de un amigo donde comenzaron los primeros romances de juventud.

Y así, las calles se vestían de colores, y en cada casa se armaba la fiesta de Año Nuevo....

¡Éramos tan felices!...

## *Los olvidados*

(Laury's)

Siempre alegró mi niñez ver por las calles del barrio al típico personaje que a uno como niño le causaba risa y alegraba tu día al verlo pasar.

Estaba “El Fórmula1”, un hombre con gigantes lentes de plástico, que parecía una mariposa y se creía auto. Llevaba un manubrio en sus manos y caminaba semi agachado simulando la conducción de un vehículo motorizado. Siempre al regresar del colegio a mi casa lo veía en Av. Independencia, entre los vehículos, emitiendo el ruido de un motor cuando acelera, *Ran, Ran, Ran, Ran...* Yo me detenía a mirarlo y me causaba tanta risa, pues como si fuera poco, aparecía otro señor al que lo llamaban “El Alcalde”, quien entre los autos dirigía el tránsito, y los detenía para que la gente atravesara la calle. Su figura era muy particular por su cara muy alargada y un impermeable largo hasta el suelo color verde olivo. Generalmente lo recuerdo aparecer en las frías tardes de invierno, donde bajo la lluvia él iba con su bidón, para comprar parafina en la Copec, frente a Central, donde, aparte de dirigir el tránsito, organizaba la fila de los vecinos que compraba-

mos combustible para nuestras estufas.

Nunca supe dónde vivía.

También estaba “Tarzán”, un vecino de Av. Inglaterra al que bautizaron así, pues cuenta la leyenda que había sido campeón de natación y que atravesaba la piscina Santa Laura caminando por debajo del agua. Siempre se lo veía en su bicicleta y con muchas bolsas colgando.

En esos ir y venir, uno se cruzaba con “Capachito”, otro señor adicto al alcohol, que se paraba a pedir dinero fuera de los *pooles* y la botillería “El Rorro”. Todos lo reconocían por su típica frase “Clarito que sí”.

Transcurrían los días de los años 70 y llegaba el día de Feria donde nos cruzábamos con “Renecito”, el primer vecino que vestía de mujer con grandes medallones, pelo escarmenado, pantalones pata de elefante, zapatos con tacones, llamativas camisas y unos grandes anteojos, sumado a un perfume que se sentía a varios metros de distancia. A pesar de la época, recuerdo que la gente de la feria lo respetaba, pues era un vecino muy educado.

Al volver a casa, de improvisto aparecía “El Falabella”, un mendigo descalzo que arrastraba cajas y siempre tenía muchos harapos en su cuerpo, pelo apelmazado el cual siempre tenía extremadamente despeinado.

Y así el barrio tenía distintos personajes que eran parte del entorno y que a diario se cruzaban en nuestro camino.

Como Benito, el lechero, don Hugo el manicero con su blanco buquecito y su “¡Calientito el maní!”. El cartero Ariel, La señora Gladys, que repartía el periódico junto a sus pequeños hijos y cuyo kiosko estaba en Inglaterra e Independencia.

Al vecino Corino, de Dgo. Sta. María, quien en esa época

tenía cerca de 17 años y creó una radio pirata llamada “Radio Vampiro” la cual emitía la señal con una antena de colgador de ropa y le robaba señal a los Carabineros de la 30 Comisaría, hasta que un día casi casi lo pillaron, cuando la radio hizo interferencia con la radio de Carabineros y escucharon decir “Radio Vampiro”... Asustado, corrió al techo de su casa a desarmar velozmente la antena, pues por la misma radio le anunciaron que irían por él.

Pero al que jamás olvidaré, es al hombre mudo que pedía limosna casa por casa con un carretón, quien toda la vida pedía comida por intermedio de señas. Hasta que un día de verano, en época de vacaciones, yo estaba en una playa del litoral central, cuando ya era adolescente, lo vi corriendo por la orilla de la playa en traje de baño, con una sandía bajo el brazo y bien bronceado. Grande fue mi sorpresa, pues cuando me vio, levantó la otra mano y gritó a toda voz: “¡Holaaa, vecinaaa!”

En ese momento, dije: “¡Milagro, el mudo habló!”



## *El último valiente*

*[1943 - 2009]*

(Loíno)

Francisco Segundo Valdés Muñoz, *Chamaco Valdés*, creció y vivió junto a sus padres, hermanos y hermanas en la población Juan Antonio Ríos de Independencia. Toda su vida giró en torno a ese barrio del otro lado del río Mapocho, *Chamaco* fue un vecino sencillo que se inició en las canchas de tierra donde el fútbol era el fiel reflejo de la infancia. Pelota de trapo, el más malo al arco y último gol gana, *Chamaco* soñaba con estadios repletos y épicas victorias, defendiendo los colores del Club Deportivo Manuel Montt, conocido como “El Semillero de la Río” club del barrio donde nacieron futbolísticamente figuras importantes del balompié nacional de las décadas del 70’ y 80’ tales como Hugo Berly, de Unión Española, Gustavo Laube de la Católica, los hermanos Benavente, de la “U” y, por supuesto, Francisco *Chamaco* Valdés, figura y referente indiscutido del mejor Colo Colo de todos los tiempos.

El máximo goleador del fútbol profesional chileno fue un

vecino que compartió lo cotidiano del barrio como cualquier otro, las ferias libres, el cine de Vivaceta, la escuela pública, el restaurante “El Radical”, las fiestas de la primavera, los amigos del Juventud Tranviario y las “pichangas” en el Parque Lo Sáez y en Plaza Chacabuco, que representaba el origen de una tradición deportiva vinculada al Hipódromo, al Estadio Independencia y a la “Catedral del Fútbol”, el Estadio Santa Laura.

Nuestro vecino Francisco *Chamaco* Valdés vivió la gloria deportiva en un Chile muy distinto al actual. Ni “El Mercurio” ni la FIFA pudieron esconder las detenciones y las torturas ejecutadas en los fríos calabozos del Estadio Nacional, los interrogatorios en las escotillas o las canciones de los Beatles reproducidas en altoparlantes como manera de silenciar el horror.

*Chamaco* debió lidiar con la responsabilidad de ser el capitán de la selección nacional en el partido frente a la Unión Soviética (que a la postre no se presentó) por las clasificatorias al Mundial de Fútbol de Alemania 1974.

Solo un valiente puede convertir un gol sin rivales, con todo el peso de la historia para escribir las páginas más tristes del fútbol chileno. La valentía de *Chamaco* corresponde a un fútbol de gente humilde con alma de barrio, valentía y lealtad que le permitieron enfrentar a Pinochet para reclamar la dignidad de jugadores, dirigentes y socios del fútbol detenidos y torturados por la dictadura.

## *“El Peineta”*

(Loíno)

En la Río lo conocen como “El Peineta”, apelativo que a simple vista lo destaca por su buen vestir, corbata, paletó y sombrero de ala ancha. Delincuente consumado para engatusar en el sector de las telas, avenida Einstein, la Vega Central o Plaza Chacabuco. Es que “El Peineta” sabe trabajar, elocuente y educado a la hora de meter conversa y ganar la confianza de los parroquianos que acuden a algún taller automotriz en Vivaceta.

Nacido y criado entre las calles Francia e Inglaterra “El Peineta” es hijo de un anticuario propietario de caballos en el Hipódromo. Estudió Medicina en la Universidad de Chile para consentir al padre de tradiciones europeas, pero de anatomía o tuberculosis sabía bien poco, Si existe algo de la estirpe familiar que heredó, fueron las clases de piano, el tango y las interminables fiestas en el burdel más famoso de Chile, “La Tía Carlina”.

Revólver al cinto “El Peineta” animaba las tertulias travestido con trajes de plumas, brillantes, coloretos y pestañas postizas, un hombre que encuentra su identidad y pertenencia en el pu-

terío de la alcoba compartida con otros hombres. Por el secreto mejor guardado de “Carla”, (nombre que recibe “El Peineta” en la oscuridad de la noche), desfilaron miembros del clero, agentes de la policía política, administradores municipales, dirigentes de Santiago Morning, de Audax Italiano, de Magallanes y uno que otro empresario panadero vinculado a Unión Española. El amor clandestino es también el espacio de la confianza y la confesión. Bien lo sabía “Carla”.

Ser una artista de la noche santiaguina fue la opción de “Carla”, mientras que para “El Peineta” la decisión fue delinquir. Aprovechando los datos voluntariamente entregados por amantes nocturnos en inolvidables noches de pasión y juerga, “El Peineta” robaba obras de arte, documentos históricos, joyas familiares traspasadas de madres a hijas y libros que leía acaloradamente en algún boliche de calle Zañartu.

En los barrios de Independencia, los recuerdos de “Carla” y “El Peineta” son difusos. Se dice que era hijo “guacho” del arquitecto Luciano Kulczewski y primo en varios grados del escritor José Donoso. Sin embargo, en lo que todos coinciden es que aquella bala policial que hirió mortalmente a “El Peineta” no le impidió recitar sus últimas palabras: *“Soy una puta que vivió la vida que quiso vivir”* para desfallecer en un último respiro entonando el eterno tango de Gardel, “El día que me quieras”.

## *El Libertad*

(M.B.Sott)

Tuve el privilegio de conocer el Teatro Libertad en su época de apogeo, cuando aun funcionaba como tal. Hoy alberga a una empresa de perfiles de aluminios, pero a pesar de los años y los cambios de dueño, todavía conserva la estructura gruesa del edificio original. Al entrar, se evocan esos días llenos de música, películas, obras de teatro, presentaciones, homenajes, y toda esa vida cultural que los teatros saben entregar y atesorar.

En su cúpula principal, debajo de aluminios apilados, esperando unirse a alguna construcción, están las graderías conservadas, pero ya sin asientos. Antes, desde allí se podían ver y escuchar todos los recursos artísticos que presentaban orgullosos sus exponentes, cantores, actores, poetas, bailarines, y oradores, esperando con las reverencias hacia el público, los aplausos, y vítores entusiastas, que los espectadores agradecidos, les prodigaban de forma espontánea.

En la actual sala de ventas sigue ahí una bien conservada boletería que muestra con elegancia atemporal sus oscuras made-

ras, muy bien lacadas y delicadas que, a pesar del paso del tiempo, hacen notar el cariño de quienes han sabido preservar, en la medida de lo posible, algunas partes del edificio, y no han dejado morir el pasado, aunque sean solo pequeñas partes de él. Su rescate seguramente fue guiado por la nostalgia y el recuerdo de historias contadas por sus abuelos, sus padres, o algún vecino que, mirando hacia el pasado, evocan un suspiro, una mirada, los albores del primer amor, o algún platónico personaje que los enamoraba a través de la pantalla del cine. Y es que, por su cuidada apariencia, nadie pensaría que este expendio boleterero, hace tanto tiempo que ya no recibe en sus arcas los escudos, los pesos y billetes antiguos. Es como si casi pudiéramos escuchar el sonido de los cajones, abriendo y cerrando, y las monedas cayendo para el conteo y el vuelto de los pagos, con el inigualable olor a papel de las entradas y los boletos, que más de algún espectador debe de guardar como tesoro palpable de sus tiempos de juventud.

Si bien ya no es el teatro que brilló con luces, coloridas marquesinas, butacas, refrescos y golosinas para la *matiné*, o escolares y profesores apoyando a sus pares en presentaciones de colegios, aún mantiene destellos patentes y reales de su otrora grandeza, que alegraba las tardes de tanto espectador que disfrutó del arte, de los colores, los sonidos, y sobre todo, de la emoción, esa emoción que se siente cuando admiramos, cuando reímos, cuando lloramos, cuando nos asombramos, cuando te recordamos, cuando fuiste Libertad, el Teatro.

## *Mi Negro*

(M.B.Sott)

Te ví por primera vez en el departamento de mi hijo, cuando se mudó cerca de casa. Junto a tu hermano mayor, Narqui, parecían dos panteritas, aventurándose en los jardines, y recorriendo arbustos y plantas. Después de un tiempo, cuando tu mami regresó al hogar, volviste con tu hermanito pequeño, Miyo, quien tuvo la suerte de cruzarse en un día lluvioso con tu madre, y cambiar su destino. Juntos, pasaron a integrarse a nuestra vida, y tener por hermano, a nuestro recordado viejito, Benito, y así, sin más, formamos una familia gatuna-humana.

Al principio, me enojaba contigo porque te hacías pipí donde fuera, pero cambiaste, (bueno, tal vez, un poco). Hubo un tiempo en que había que hacerte comida especial, porque venías con problemas en tu barriguita, pero poco a poco, me fui encariñando contigo. Me conquistó tu ternura, tu manera de exigir comida, mascando y tirando de mi pelo, cuando aparecías corriendo, desde donde fuera, al escuchar las llaves en la reja. Me cautivó tu negro y brillante pelaje, solo interrumpido por una casi imperceptible manchita blanca en tu pecho. Pero lo que te hacía

más particular era tu oreja “churrasca”, que te quedó así, porque nos costaba apretar tu orejita, para drenarla, y te dolía cuando lo hacíamos, y nos daba penita lastimarte sin querer, aunque fuera necesario, pues era por tu bien.

Me encantaba verte alzar tus patitas para pedir que te tomara en brazos, y comenzar tus sonoros ronroneos. Te gustaba revolcarte en la tierra, y quedar lleno de polvo, y si te llamábamos la atención, más lo hacías. Tus suaves maullidos no se condecían con tu actitud, y apariencia de “bravo”. Un enojón sí que eras, y taimado, si no te daban en el gusto, pero en el fondo eras un dulce. Los vecinos te conocían, te hiciste amigo de muchos, porque eras muy sociable. Nuestros amigos te adoraban, porque eras un regalón, y te gustaban los cariños, y los abrazos, y eras feliz, acunándote como lo haría un bebé humano.

Pero te fuiste, tan de repente, que no me pude despedir de ti, ni te pude ayudar, ni estuve en tu último aliento. Solo sé que quien te alejó de nosotros, lo más probable, es que ni si se haya dado cuenta, y ni siquiera sepa el vacío, y el dolor que dejó en nuestras vidas, y en nuestro hogar, tu hogar. Porque tú, mi Negrito, mi Nani, mi meón, eras lo que toda mascota es para sus dueños, un miembro más de la familia, como un hijo, un nieto, un hermano, y por ser tu madre, mi hije, eras mi nieto, y yo tu abuela.

¿Es este relato una historia barrial? No lo sé, pero viviste aquí, conmigo, con nosotros, en nuestra casa, en el barrio, en los tejados de los vecinos, en los árboles, hasta en otras casas, porque una ventana abierta, era la invitación a entrar y aventurar.

Solo quiero, con estas pocas palabras, expresar mi gran amor por ti, porque me enseñaste a quererte, mucho más de lo que pensé que lo haría y te extraño, y porque creí, te imaginé viejito a nuestro lado. Porque duele, porque mientras escribo mi corazón se rompe, y debe ser así, porque te amé, y aun lo hago, por todos esos recuerdos que nos dejaste, mi amado Nani, mi Negro.

## *La nueva casa*

(M.B.Sott)

Cuando crucé la puerta de esta casa, se me mezclaron muchos sentimientos de pena, rabia, temor, desilusión, pero más que por mí, era por mis hijos. Porque cambiarse y volver a empezar, sin que lo hayas podido elegir, es difícil. No es nada fácil. Sentir que fallaste, que pudiste haber hecho más, pero estás ahí, y debes enjugar las lágrimas, y levantar la cabeza, y los brazos, y ver las soluciones tangibles, y prácticas que tu familia requiere, mostrarles a tus hijos que un tropiezo no tiene que ser una caída, pero sí, una oportunidad. Y debo decir, que fueron ellos, mis hijos, quienes, con su empatía, y amor, y viendo mi desazón, me dijeron, “Está bien la casa, mami. Podemos arreglarla, pintarla, y acomodamos todos. Quedará bonita”

El amor no siempre surge de inmediato. A veces se demora en arraigarse, en ajustarse, en hacerse visible, y fue así, que comenzó nuestra historia en nuestra casa, en el barrio, de a poco, con paciencia, con fe, con esperanzas, con un saludo, con un “hola, buenos días”, o un “¿cómo está, vecina?” empezamos a integrarnos al entorno. Te gusta regar, ver la gente pasar, colocar

plantas en el antejardín, abrir las ventanas para que entre el sol, ya barres el espacio de tu vereda, para no desteñir con tus vecinos, y que la cuadra se vea armoniosa. Te empiezas a imaginar cómo quedará el patio cuando le pongas cerámica, y coloques más plantas. Porque la casa ya se siente diferente. Pintada, se ve más linda. Ya vinieron tus padres y tus amigos, ya se hizo el primer asado, llegaron las primeras Fiestas Patrias, la Navidad, y el Año Nuevo, los cumpleaños, y sin darte cuenta, comienzan a pasar los años, y tus hijos, que llegaron pequeños, ya son grandes. Ya es tu barrio, su barrio, hacen amistades, van a sus colegios, nacen sus primeros amores.

Ya comprar el pan no es solo alimentarse: es encontrarte a los vecinos, conversar con ellos mientras esperas tu turno, compartir una charla. Ahí te enteras dónde encontrar un gáster, donde comprar el gas más barato, cómo sacar la tarjeta del consultorio. Ya no es un negocio cualquiera, tiene su nombre definido, o es de..., o simplemente, lo rebautizamos, a nuestra pinta.

Cuando sales al patio, ves que el arbolito incipiente, ya es un hermoso limonero, que es tu orgullo, te ríes, y respiras hondo, porque te sientes tranquila, te sientes a salvo, ya perteneces a un lugar. Es tuyo, y miras la ventana del segundo piso, de la ampliación, que hizo que la casa fuera más acogedora. Al salir, miras el número de tu casa, ya no es el lugar donde llegaste a vivir, con más incertidumbres que certezas. Ya perteneces a ella, es tu hogar, tu barrio, tu calle, tus vecinos, algunos, ya tus amigos. Y te encuentras recordando por todo lo que has transitado, para llegar aquí, porque ahí, frente a ti, ya no está la nueva casa, ya fue, ahora, frente a tus ojos, y tus vivencias recorridas, y seguramente para siempre, está tu hogar, TU CASA.

***Demanda al Covid 19***  
***(Pandemia Mayo 2022)***  
(Macarena)

Si, demando al Covid 19

Por reiterados robos,

¡Eres un ladrón!

Sí, me has robado:

- Días de abrazos

- Días de amistad

- Días de compartir

- Días de celebrar

Nos hemos quedado en el tiempo

sin conversa de horas,

sin proyectos a realizar,

sin viajes para soñar.

Sí, te demando por esto y

mil detalles más...

Covid, pasaste por mi lado

y robaste todo sin piedad.

Te llevaste a seres queridos

que nunca devolverás.

Los robaste por siempre jamás.

Sí, nos dejaste en casa

sin poder elegir

**Sí**, sólo con tu permiso podemos salir

corriendo, rápido con mascarillas

Al Mall, farmacia, iglesia, a la plaza a pasear.

**¿Cómo es esto? ¿A nuestra edad?**

**¿Qué pasa? Todo va mal.....**

Sí, solo proyectarnos en el hoy

y no del mañana, ¿Qué será?

Visita a familiares solo a esperar

para volver a juntarnos y descubrir

cuántas canas más tendremos

y cuántas grietas en nuestra alma habrá.

Quizás todo quedará en el recuerdo  
con heridas que habrá que cicatrizar.  
Volverá la primavera con sus brotes  
y le daremos gracias a Dios  
de seguir viviendo y volver a amar.



## *La escuela de fútbol y “El Cholo”*

(Manu)

Esta es una historia verídica, contada en la clandestinidad de las consecuencias. Traída a la memoria de aquellos que la ocultaban, por el simple hecho de olvidar los acontecimientos espantosos. Un crimen, uno que está sepultado en los terrenos del inconsciente. Uno que de la mano del testigo, ya no sabe si es verdad o tal vez lo soñó.

La maldad tiene diferentes nombres, como por ejemplo, “La Ciega”... “La Vengativa”... “La Silenciosa”. Cuando pienso en las consecuencias y los cambios que producen las coincidencias, aunque creo que las coincidencias no existen, reflexiono en el poder energético del Universo.

“El Cholo” pagó por su crimen, pero tuvieron que pasar ocho meses para que decidiera entregarse. Durante ese tiempo, comenzó a entrenar en la Universidad Católica, donde fue acogido sin que nadie conociera los hechos. El fútbol, el cariño, la amistad, lo cambiaron.. Estuvo muchos años en la cárcel, ¿Se reformó?, aunque nunca llegó a ser un profesional del fútbol, nun-

ca más asesinó a nadie, Fue solo un ladrón de corbata.

“El Cholo”, era un muchacho de 15 años, muy moreno, alto, corpulento. Se había alimentado de la calle. Siempre pidió pan y dinero con una libertad que solo puede dar una familia de 14 hermanos y un padre alcohólico. Una madre que amaba a sus hijos, una santa; lavaba para ella y para los demás, pero nunca tuvo 14 ojos para controlar los vuelos de sus pajaritos. La harina tostada era el maná de cada día para los más pequeños. Podría extender esta historia y convertirla en una novela, pero no viene al caso. Hablaré del protagonista.

El chofer del micro Pila Recoleta, pisó el acelerador luego de dar la vuelta en la calle Einstein, tomando inmediatamente Independencia. “El Cholo”, colgado en la puerta de atrás, había soportado insultos de un pasajero durante varios paraderos, así que en la parada de la esquina Hipódromo Chile, subió de un salto, sacó un cuchillo y se lo hundió en la garganta. La sangre brotó como un grifo. La segunda estocada le atravesó el corazón. Luego escapó atravesando la Plaza Chacabuco, caminó por la avenida, tiró el cuchillo a un tacho de basura y entró a un lugar espacioso. Era el Estadio Independencia, el estadio de la Católica. Era la hora de los entrenamientos de la escuela de fútbol de adolescentes, futuros profesionales. Muchos de ellos estaban ahí para probarse.

- ¿Tú vienes a probarte también?- dijo un hombre rubio.

- ¡Sí! -contestó “El Cholo”, titubeando.

- Anda a vestirse a los camarines. Allá hay de todo -señaló el hombre. El adolescente corrió al camarín, en silencio.

El campo de juego estaba dividido en ocho canchas chicas, con sus respectivos arcos chicos, los entrenadores eran los mismos jugadores de la Católica: Isella, Fouillioux, Tobar, Prieto, Jorque-

ra, Silva, Villarroel y otros.

La tarde caía y el entrenamiento había terminado. Con sus rostros cansados, pero felices, los adolescentes se retiraban. “El Cholo” enfiló hacia el norte y se perdió en las penumbras de la avenida.

En la calle Recoleta con Valdivieso, una familia lloraba la muerte de un padre fanático de la Universidad Católica.



## *Los Secretos del Teatro Valencia*

(Manu)

La primera vez que el cajero y el cortador de boletos los vio, se sorprendieron y se asustaron. No era común ver llegar a un grupo de jóvenes en masa. No eran estudiantes y dejaban mucho de pretender serlo. Con sus rostros acumulados de rebeldía, sus miradas de pobrezas y su andar felino.

Los 47 mozalbetes, dirigidos por unos tres cabecillas, que se destacaban por ser mayores, miraron los afiches, comentaron algo. Luego uno de ellos se acercó a la ventanilla y sacó una bolsa de género, vaciando el contenido en el estrecho agujero. Billetes, monedas, muchas monedas, botones, pelusas y una pata de conejo. Lo que no era dinero lo guardó en la bolsa, sacudió las pelusas y dijo:

- ¡47 entradas! -con un tono desgastado por la fatiga y el consumo abundante de cigarrillos.

El Teatro Valencia era uno de los recintos de entretención para los cinéfilos y para aquellos que deseaban ver tres películas, acortando la tarde de los veranos interminables. Se ubicaba en las

esquinas de Avenida Chile con Independencia.

Ahí, frente a la Plaza Chacabuco, más allá el Hipódromo Chile, caminando hacia la cordillera, una fachada roja, como la furia, imponente, el Estadio Santa Laura. Había entretención para todos los gustos, eran otros tiempos.

El portero contó las entradas y fueron pasando de a uno sin atropellarse. El bullicio llamó a la calma y la calma era sorda. En la antesala, los muchachos encendieron cigarrillos, hablaban, reían, sus edades fluctuaban entre los 12 y 21 años. Los adolescentes eran los más felices. Ninguno de ellos había asistido a un cine, por lo que su ansiedad era nerviosa e inocente. Desataban y abrochaban el cordón del pantalón que les servía de sujetador. Su situación precaria asomaba en los pantalones cortos, sus piernas desnudas se prolongaban hasta sus pies.

No había duda que era una pandilla organizada, provenían del otro lado de Independencia, y viajaban caminando cada 15 días, siempre y cuando las películas fueran sus favoritas.

Se sentaron en las galerías, siempre galería, ahí lo pasaban muy bien, gritaban a su gusto, chiflaban, insultaban, tiraban cosas a la platea. Solo se tranquilizaban cuando el suspenso y el misterio aparecían en escena.

La obscuridad era absoluta en el Teatro Valencia, solo la pantalla iluminaba los rostros marchitados de aquellos jóvenes que, olvidándose de sus miseria, reían.

Afuera a cien metros de ese recinto de ladrillos, un hombre se incorporada de una paliza o tal vez de un asalto. Limpiaba su sangre y maldecía al destino.

## *Árboles*

(Vincent O'Ryan)

Me gustaría en esta ocasión hacer un breve catastro de la botánica que impera en el barrio. Para partir, no podría ignorar el naranjo de mi casa en Diana, que es motivo de orgullo en la cuadra. Los vecinos siempre piden sus unidades para el consumo personal.

Yo recuerdo fácilmente los ciruelos de Francia, segunda Plaza Fidel, piscina 'los patos' y de la calle Los Nidos que me gustaba subir, con una destreza felina, en los años de mi infancia.

También, con mis amigos, nos atraían los nísperos de calles Diana, Boccardo y Freirina. Que, aunque eran difícil de consumir, dejaban un buen gusto en el paladar.

Cuando niños nos fascinaban las guerras de porotos que realizábamos con la boca de una botella y un globo, de las municiones que sacábamos de la Palma de la primera Plaza Fidel.

También en mi juventud me pude aventurar a sacar rosas de los jardines de calle Río Jachal y Jota Vial, que fueron motivo

de sonrisas entre mis guapas compañeras de universidad.

Viendo desde cierta distancia, no puedo dejar de pensar lo afortunados que somos con la variedad de flora propia del barrio, porque he visto tabacos, rosales, aromos, césped, cactus, palmeras, frutales. Que dan color y sabor en nuestro tránsito por las callecitas de esta comuna. Y que, si somos despiertos, podríamos apreciar en su totalidad. Mis agradecimientos a aquellos modestos jardineros que hacen de su hogar una receta para sembrar un conjunto de colores y semillas que dan más vida a nuestro paseo por el barrio.

## *Arquitectura*

(Vincent O'Ryan)

Dando mis vueltas habituales por las cuadras que circundan mi hogar, me han llamado la atención ciertos lugares que me parecen de una arquitectura particular. Desde el imponente y enorme Teatro Libertad hasta la delicadeza casi medieval de la Iglesia de la Virgen de Los Rayos, todo nos habla a la manera de un *city tour* que podríamos apreciar con unos ojos más abiertos e inocentes.

A mí siempre me ha impresionado el frontis del Hipódromo con sus cabezas de caballos que invitaban a jugar aunque supiéramos que las posibilidades de ganar eran casi nulas.

Otro hito para mí ineludible, es la fuente de agua de Plaza Chacabuco. Al frente encontrábamos el extinto Montserrat y el cineteatro que luego fue Iglesia protestante cerca del mítico Estadio Santa Laura con sus colores rojo y amarillo y su casco de castillo antiguo

Hay detalles que marcan nuestra memoria y que dejan su huella en el tiempo. Yo tengo presentes esas casas de Avenida

Francia que fueron locaciones de teleseries noventeras y que tenían un aire tétrico de casa embrujada.

Otros lugares no menos importantes son esas casas tipo mansión de calle Los Nidos que fue después un hogar de ancianos y esa otra de Vallenar que fue local de negocios de carne como Bávaro y de fiestas a las que no tuve, para bien o mal, oportunidad de asistir.

Podría contar entre miles de detalles menores, la Estatua de la Libertad instalada en la calle Chillán con Vivaceta a pasos de las Parrilladas Argentinas. Y la pérgola de la Plaza Fidel sobre la pileta que fue centro de nuestros juegos infantiles.

## *Em*

(Vincent O'Ryan)

¿Cuándo conocí a EM? No me acuerdo, pero desde entonces mi vida tomó otro rumbo. En mi temprana juventud, me dio por leer libros de Filosofía. Pude conocer diversos autores que trato pocas veces de citar para no pasar por pedante en lugares donde priman otros intereses. Entre ellos encontré este escritor a quien le fascinaban los aforismos, los clásicos, los hallazgos y un humor muy personal solo para entendidos. Saber que vivía en el barrio fue una gran emoción.

Si hablamos de los libros de EM, los suyos pueden perturbar a quienes buscan en la lectura solo entretención o una comodidad. Títulos como “El Breviario del Tiempo”, “En las Cimas del Demiurgo”, “Del Inconveniente de la Caída”, “Ese Yo Desgarrado”, “Utopía e Historia”, “Los Reaccionarios”, “Las Lágrimas de los que Nacen”, “La Tentación de los Santos”, “Ejercicios del Pensamiento”, “El Libro de los Cuadernos” o “El Ocaso de la Quimera”, no están hechos para cualquier lector, puesto que puede aumentar el pesimismo y la depresión si uno no está preparado con buenas defensas. Estos fueron motivos de largas reflexiones

en tertulias que casi nadie recuerda. De vez en cuando lo veo en la puerta de su casa, aun no me animo a interrumpir su meditación y contemplación. Si este relato cae en sus manos, que sepa de mi admiración y respeto hacia su persona y su obra.

## *El carro*

(Monna)

Transcurría la primavera de los años 40, tardes cálidas, pero con viento más fresco a medida que atardecía. Solía salir a caminar con mi hermana para despejarme luego de haber tenido un arduo día de trabajo. Nos arreglamos para dar la vuelta, yendo por cuadras desde la calle Chillán, cruzando Vivaceta hasta finalmente llegar a nuestro lugar de encuentro, nuestra querida Plaza Chacabuco.

Tenía árboles con plantitas que rodeaban la fuente de agua que tan lindamente adornaba la plaza. Cerca llegaba “el carro”, viniendo por Independencia desde Franklin.

Mis días eran marcados por la misma rutina diaria, mi trabajo era la confección y entrega de pantalones de caballero a tiendas, donde diariamente me pagaban por ellos. Mi máquina de coser *Singer* fue una fiel compañera por esa época y hasta mucho después. Recuerdo haber llegado a entregar 17 unidades de ellos en un día, para conseguir un mayor pago, lo que significaba un ir y venir de tiendas de judíos o árabes, en definitiva, el que pagara

más, pero ellos sabían perfectamente defender cada peso.

Con grandes paquetes de pantalones recién planchados, partíamos a la entrega mi hermana y yo. Nos subíamos a los carros, donde conseguir un asiento no era fácil, pues había que tener suerte y congraciarse con algún caballero que amablemente cedía su asiento. Fue por esta misma causa que tuve la peor experiencia que podía haber imaginado.

Un día, al no conseguir un asiento con mi hermana, nos acomodamos como pudimos con los paquetes afirmadas de los fierros de pasamanos. Cabe señalar que era recurrente que estos transportes pegaran una especie de “tirones” cuando frenaban o reiniciaban su viaje. Es por esto que en uno de esos tirones me fui en contra de un joven pasajero que se encontraba frente a mí y sin querer, sin tener dónde más afirmarme y sin explicación, le metí los dedos a la nariz de un solo empujón, por lo que más allá de la vergüenza e impacto de lo sucedido quedé atontada de la vergüenza. Obviamente, mi hermana no aguantaba la risa ni menos los otros pasajeros. El viaje continuó y vino otro “tirón”, a consecuencia del cual, sin explicación, volví a meter los dedos al mismo joven ¡en su nariz! Mi hermana ya en este minuto soltó la carcajada y no nos quedó más remedio que bajar del carro y esperar el siguiente.

## *Hija de profe*

(Monna)

Cuando recuerdo los patios de la escuela 20, los veo gigantes. El salir a recreo y sentir ese olor a pan con margarina y queso, a fruta guardada en el bolsón o una galleta suelta, se han transformado en recuerdos que por simples y pequeños que parezcan, son enormes riquezas del corazón, pues guardan la inocencia, la simpleza, la amistad y el respeto de las relaciones humanas.

El sonido de la campana nos hacía correr a jugar en lo que fuera. El gimnasio con su piso de madera y las sillas plegables acomodadas en los costados nos llamaba a resbarnos, dejando probablemente el piso más limpio.

Las tardes de cine en la escuela eran masivas. ¿Cómo olvidar cuando dieron “Gris Brillantina” y cuando el encargado tapaba el lente del proyector con su mano? Entonces, quedar con intrigas era normal y cero explicaciones para la época. También venían los payasos y más de un niño terminaba asustado llorando..., entre esos mi hermano, pero la pasábamos genial.

Mi comportamiento estaba sujeto a tener cierta compostu-

ra que poco entendía en la básica, dado que mi madre era profesora de la escuela.

Mi madre era una de las profesoras más queridas por las alumnas. Ver niñas detrás de ella era una rutina casi a diario. Los fines de año llegaba cargada de cartitas, con flores de todos los tamaños y presentes. Salir con mi mamá a algún lado tenía inserto la alta posibilidad de encontrarse con alguna de ellas en cualquier parte de Chile, las que llegaban corriendo diciendo a gritos “¡ Señorita Pilaaaaar!”, situaciones que no me causaban gran gracia, pero era parte de.

Recuerdo como mi madre realizaba enormes diseños para escenografías de fines de año, en esa escuela y bellos murales en otra escuela. Todos los días domingo estaban marcados por su trabajo largo y laborioso en armar todo el material a mano de escritura y diseño para el diario mural de la escuela. Sinceramente no he visto nunca más diarios murales como esos. Había muchas vivencias que sucedían en la escuela, desde muy alegres hasta muy tristes también, como cuando una profesora en un evento de fin de año se apoyó en la cortina de respaldo que estaba detrás del escenario, sin recordar que detrás no había nada más... lo que le produjo fracturas en ambos brazos. Creo que no alcanzó a despedirse...

## ***Mi historia***

(Nardi)

Llegué a vivir a esta comuna en el año 1964, procedente de la comuna de Santiago, donde vivía con mi mamá y mis dos hermanos. Mi esposo me trajo a vivir a la casa de su madre, con la cual compartimos su hogar. Al crecer mis dos hijos, fueron al colegio, en sus inicios, al jardín infantil Lily Íñiguez y después pasaron a la escuela 20 la niña y a la 18, el niño. Esa época fue hermosa porque mis hijos participaban en todos los eventos que hacían los colegios y el papá y yo éramos muy entusiastas.

Los niños jugaban en la Plaza Fidel Muñoz, mientras yo me ocupaba de los quehaceres de la casa, pero yo estaba confiada porque eran un grupo de amigos y entre todos se cuidaban, todo era muy tranquilo.

Cuando mi hija estaba en sexto año y mi hijo en quinto, falleció su papá y me quedé con mis hijos y mi suegra. Era 1976. Después vino a vivir con nosotros mi cuñado, a pesar de lo difícil que fue todo, pudimos salir adelante.

Después falleció mi suegra en el año 1985, y en el año 1992 murió mi cuñado. Yo me quedé en la casa con todos los problemas derivados de esto.

En el año 1996, una amiga me invitó a una oficina de Bienes Nacionales, donde empecé a hacer los trámites para que la casa quedara a mi nombre. Este proceso duró tres largos años y por fin lo logramos. Ahora la casa es de mi propiedad y es la misma en la que vivo hasta el día de hoy, en mi barrio de siempre.

## *Liberta*

(Owi)

Corría el año 1985, con un terremoto a cuestas y el peso de la dictadura. La expropiación de nuestra casa de Quintana N° 350, al inicio de Vivaceta, era inminente. Fue entonces cuando mi madre María buscó un hogar donde continuar nuestra vida. En su búsqueda, llegó a este bello rincón, donde las arañas tejen su nido, precisamente en Los Nidos con Diana Valderrama (nunca he sabido quién fue).

Cuando llegamos a ver la casa, el dueño era un tal Carlos Mateucci, el cual tenía una voz cálida con un tono tipo radio FM, lo que me pareció extraño. Mi querida vieja le preguntó si era locutor y el caballero, muy parsimonioso, le respondió afirmativamente y le agregó:

- Escúcheme en la radio “El Conquistador FM”.

Luego supimos que aquel caballero que nos vendió la casa era, ni más ni menos, que Lorenz Young, el famoso locutor de la radio “El Conquistador” y de populares programas radiales como “El Dr. Mortis” y “Lo que Cuenta el Viento”.

Años después, el mismo don Lorenz o Carlos volvió con la intención de comprar de vuelta la casa a mi madre, incluso ofreciendo más dinero, pero ya era tarde. Nosotras le habíamos tomado el gusto a este espacio que se convirtió en nuestro hogar. Siempre me quedó la duda de por qué quiso volver a comprar esa casa que le había pertenecido; qué era lo especial que tenía la casa y me pasaba muchas películas, imaginando que quizás había dejado enterrados unos cuerpos en el patio u ocultado un tesoro en alguna pared. Pero con el tiempo, entendí que lo que él extrañaba eran los veranos calurosos dentro de las casas frías de nuestra población o bien ese coro de niños gritones amontonados en el balneario piscinístico como una cazuela llena de arroz, o el cantar de los pajaritos delatores del sueño o la paz de las tardes, o quizá solo salir y sentarse en el balcón para observar la vida desde arriba.

En esos días se escuchaba en el aire los sones de protesta encubierta de “Los Prisioneros” y en nuestra Diana se tomaban la calle 40 niños jugando a la pelota, era un verano de verde pasto, acacios floridos y mamás barriendo las veredas. Esas tardes eran ideales para salir en la *bicicross* y dar una vuelta por Quezada Acharán, pasar por las peluquerías, el almacén y bajar por Palermo, luego doblar en Freirina y de una “chantada con la pata” llegar a la casa. Entre ocho y ocho media, comenzaba a caer el Sol, tornándose el cielo de un color naranja cálido, los niños empezaban su éxodo, cada uno a su casa, mientras desde la ventana, con grandes letras, más allá de mi calle, de la cancha, la piscina, atravesando Vivaceta, aparecía olvidado el teatro del cual yo solo alcanzaba a leer la palabra “Liberta”.

## *Susto de Infancia*

(Pochito)

Una tarde de verano llevé a mi hermano a pasear a los juegos que había en la calle Venecia con Palermo, donde están los departamentos que nosotros llamábamos “Colectivos”.

Para los que vivíamos en el otro lado de Vivaceta, era muy común ir a jugar ahí y pasear por las plazas de sector, recorrer las calles con sus lindas casas con antejardines, porque donde nosotros vivíamos las casas no los tenían.

Mi hermano era pequeño. Tenía 3 años y yo 11. Un día le pedí permiso a mi mamá para llevarlo a los columpios, y ella, no muy convencida, me dejó. Le aseguré que no le pasaría nada a mi hermano. Era cerca de la casa y así nos fuimos felices. Al llegar, los juegos de los más chicos estaban ocupados, así que lo subí a los columpios para niños grandes. le dije que se afirmara muy bien, y comencé a darle impulso. Al ver que lo estaba haciendo bien, me entusiasmé y comencé a empujarlo cada vez más fuerte. Fue una mala idea, porque mi hermano se soltó y cayó de cara al suelo. Me quería morir del susto, pues quedó con la cara pelada con la

arena y yo no sabía qué hacer. Una vecina del frente se acercó y nos llevó a su casa, le limpió las heridas y me dijo que me fuera a la casa para que mi mamá lo viera. Yo, con mucho miedo, no quería llegar a mi casa y en el camino pensaba en lo que le diría. Como de seguro me iban a retar mucho, entonces pensé en una mentira y dije que se había caído corriendo. Mi mamá no me creyó mucho. Luego de unas horas dije la verdad, me dio miedo que le pasara algo más. El reto fue más fuerte, pero ya había pasado y mi hermano estaba mejor.

Después de aquel día, nunca más me dieron permiso para llevarlo a los columpios.

## *El cité*

(Raquel)

Era una mañana como todas, pero algo llamó mi atención: un camión en la salida del cité. Pensé: “alguien se va”. Crucé y miré. No entendía nada y no tenía nada que entender. Solo caminé para comprobar que eran ellos. Mis padres y hermanos menores ya casi listos. Era yo quien me cambiaba de casa.

El cité era todo y nada, el espacio con su olor, su gente, su color blanco y negro.

Mi padre había arrendado una pieza que era nuestro hogar. Era especial: teníamos lo necesario. Cada uno una cama mi hermano y yo, también mis padres, una cuna pequeña, un ropero con un gran espejo, una mesa sin decorados.

Fuera de esa habitación había otro espacio que era nuestra cocina y sala de lavado de ropa y personal.

El agua potable era para todos, así como también el baño. No recuerdo olores para marcar esos días, pero sé que mi madre ponía una cama sobre otra para que entonces pudiéramos tener

patio dentro de lo pequeño que teníamos. Una ventana, solo una en nuestro dormitorio-comedor.

Había tanta gente ahí, no sé cómo todos convivíamos sin convivir.

No había fiestas de cité. El ambiente no era de risas: era un espacio diseñado para estas familias, mi familia. Éramos pobres y tan familia. Éramos familia y tan ricos.

Una tarde mi padre llegó con un pino de Navidad y mi madre lo paró dentro de un tarro que forró con papel. Siempre recuerdo que lo adornó con guirnaldas.

Como el cité era de adobe, para el terremoto las paredes cayeron como cáscaras, pero la cocina a parafina no se movió, pues mi madre la afirmó junto a su olla de comida. El terremoto fue al medio día. ¡Qué simple es ser niño, qué simple era ser un niño de los años 60! Nada que pedir, solo vivir en el cité en silencio para no molestar, en silencio, escuchando discusiones o gritos de vecinos alcohólicos, pero éramos niños y solo debíamos vivir.

Ahí estaba el camión con nuestras riquezas También las paredes de una casa prefabricada que mi padre junto a mi padrino instaló aquel día.

Esa noche dormimos en nuestro nuevo y propio hogar sin techo, tal vez ese era el premio: dormir bajo las estrellas.

Todavía estoy en este lugar y a veces también miro al cielo con agradecimiento y más amor aun a mis padres.

CITÉ INDEPENDENCIA 1859

## *Canto de sirenas*

(Sara Lillo)

—¡Bajaron los angelitos del cielo, caserita! —la agasajaba, picaronamente, el hombre de las verduras.

Laura, con aire señorial y sonrisa forzada, respondía a su piropo. Y aunque decía a los suyos que el hombre se pasaba de la raya, no podía negarse a sí misma que en el fondo (y ni siquiera tan en el fondo) le gustaba ese atrevimiento. Quizás por eso, sagradamente, iba a la feria de Maruri cada viernes.

Desde siempre Laura había vivido en ese barrio. Conocía de memoria sus calles y su gente. Amaba su casa de cielos altos, puertas de madera noble, su terraza de baldosas antiguas, y tanto detalle que a lo largo de años había logrado imprimirle. Sin embargo, muchos de sus amigos, oriundos del barrio alto, no lograban entender por qué Laura y Diego continuaban viviendo en la comuna de Independencia. Probablemente era una forma de protesta contra tanta superficialidad y ostentación. Pero, definitivamente, ellos valoraban su terruño y la diversidad.

Sin embargo, sucedió lo inevitable. Con la partida de las

hijas, la casa les quedó grande, y digamos también, que Laura protestaba continuamente por el descuido de algunas fachadas, jardines abandonados, y tanta cortina multicolor en los nuevos edificios. Todo esto, y el olvido de los ideales que se albergan en la juventud contribuyó a que el maduro matrimonio decidiera partir a una nueva vivienda en La Reina. Era parte de una herencia que posibilitaba el cambio y Diego no dudó un segundo en complacer a su mujer.

Al principio, el entusiasmo reinó en Laura, pues *en el otro lugar* los esperaba un jardín más grande, paredes blancas, casitas bien cuidadas... Sin embargo, comenzó a albergarse en ella un sentimiento insospechado... ¿Encontraría *allá arriba* los piropos de cada viernes?, ¿Habría casas iluminadas como las de Av. Central esperando la Navidad?, ¿Quién le compraría remolinos al organillero en Año Nuevo?, ¿Qué pasaría con los vecinos de siempre?... Algo parecido a la nostalgia comenzó a llenarla toda...

No se atrevía a contárselo a Diego... y sin darse cuenta llegó el día de la mudanza...

Trabajaron callados hasta el anochecer. Incluso las paredes, testigos silenciosos de toda la historia familiar, parecían tristes.

Sudoroso él, permaneció en el umbral, sosteniendo la última de las cajas; ella, con un dolor en el pecho, no se atrevía a mirarlo.

—¿Nos vamos? —le dijo, dulcemente, Diego.

Y entonces ella, emocionada, solo fue capaz de susurrar: “Este es mi hogar”.

## *Del barrio*

(Sara Lillo)

Todos me llaman “El Gringo”, probablemente por mis ojos azules y pelo blanco, pero la verdad es que soy más chileno que los porotos burros. Siempre he vivido en este barrio, pero en diferentes casas. Así soy yo, no aguanto mucho en un mismo lugar. Puedo jactarme de que conozco de memoria las calles del barrio norte, más puntualmente suelo moverme entre Independencia, Vivaceta, Antonio Jacobo Vial y Nueva de Matte.

Probablemente, los años me han vuelto más sensible. Antes, a mí no me importaba mucho la indiferencia de los demás, ni siquiera que me ahuyentaran cuando no era bienvenido... Sin embargo, esa tarde caí rendido ante la dulzura de esa niña que tiernamente extendió sus brazos hacia mí.

–Ven, gatito –me dijo, dulcemente.

–¿Tienes hambre? –me preguntó, como esperando una respuesta.

Y así fue como llegué a la casa de Daniela, mi dueña. No

sabía lo agradable que era tener un hogar. Dormir a sus pies, velar sus sueños, tener comida y abrigo.

Dicen que nosotros, los gatos, somos menos fieles que los perros. Que somos independientes, dicen. Yo no me siento así. Daniela no me ve, pero cuando va a la feria de Maruri o se dirige a la Estación Hospitales para ir a la universidad, yo siempre la sigo y la cuido.

## *El Hipódromo Chile, una experiencia vital*

(Sócrates)

Corría al año 1978, estaba en 3ero o 4to año de Licenciatura en Filosofía, en el Pedagógico. Ya teníamos dos hijos con “La Flaca”, quien había dejado sus estudios de Arquitectura, para hacerse cargo de los niños. Eran años difíciles, en plena dictadura, y había que estudiar y trabajar. Mi suegra, que veía todas estas dificultades y siempre estaba presta a ayudarnos, me consiguió una pega de cajero en el Hipódromo Chile. Nunca me imaginé que un trabajo tan sencillo como ese, me haría tan feliz. Yo era un bicho raro allí y tal vez por eso me estimaban. No duré mucho como cajero, pues rápidamente me convertí en supervisor. Pasé por muchos lugares y cargos. De tribunas, pasé al recinto de accionistas y después al muy deseado recinto de Directorio. Ahí todo era más cómodo, mejor el trato de los clientes y mucho mejores las tan ansiadas propinas. Pero no solo fue mi trabajo en los días de carrera. Cuando egresé de la universidad, el año 1980, vinieron las otras contrataciones, primero en la sucursal central, después a cargo de un par de sucursales más pequeñas, Luis Cousiño y la de Hipódromo Chile y, finalmente en el área

de apuestas en las oficinas centrales, donde terminé coordinando el área de estudios.

Cuando hago recuerdos de esos tiempos, creo que fueron unos de mis años más felices, porque, pese a que las condiciones de trabajo habían cambiado mucho en detrimento de quienes trabajábamos allí, aún seguía siendo una muy buena alternativa para los estudiantes universitarios que requerían un trabajo que no les demandara mucho tiempo, en un contexto de muchas restricciones, producto de la dictadura.

Debo decir, que gracias al Hipódromo Chile y a uno de mis jefes, “El Flaco Fuentes”, gerente del área de apuestas, logré terminar mi tesis y recibirme. Fue él, quien me dio la oportunidad de dedicarle algunas horas protegidas, con oficina e insumos incluidos y así me titulé en agosto de 1985.

Pero un singular suceso cambió mi vida: un par de meses después de titulado, fui tomado preso por atentar contra la seguridad interior del Estado y actos terroristas. Mi pecado fue tirar panfletos en favor de dirigentes sindicales que fueron relegados a Pisagua. Todo cambió, ya nada fue igual. Tuve que migrar de un trabajo que llegué a querer. Felizmente me había ganado una beca para un posgrado en ILADES, un maravilloso lugar desde donde pude rehacer y reorientar mi vida.

## *El médico del barrio*

(Sócrates)

Mi barrio, en el que elegimos comprar casa y asentarnos con “La Flaca” y familia hacia el 1990. Ella es de familia fundadora, tiene muchas particularidades. Una de ellas es tener un médico propio. Fue así como existió un Dr. Agrela y la casi Dra. Tola, la química farmacéutica del barrio, que siempre atendieron o ayudaron a los enfermos del sector o aquellos que requerían un consejo profesional en el ámbito de la salud, hacia los años ‘70.

Un caso más reciente y excepcional fue el Dr. Voigt. Ejemplar para los tiempos que corren, marcados por la individualidad y el mercantilismo. Excelente profesional formado en la escuela de Medicina de la Universidad de Chile, de la cual egresó el año 1979 y de la cual fue profesor. Comenzó a trabajar en el Hipódromo Chile en 1980 y decidió asentarse en nuestro barrio con su consulta particular, ubicaba en Nueva de Matte N° 1659, más o menos desde esa época, donde atendió a cientos y miles de nosotros, nuestros familiares y vecinos.

El 28 de agosto del 2022 habría cumplido 77 años, si hu-

biese sorteado con éxito el ataque feroz del Coronavirus (COVID-19) que se lo llevó, hecho que conmocionó a una comunidad entera, por lo que él representó para todos nosotros. Creyentes y no creyentes, oramos y pedimos por la tranquilidad de su cuerpo y alma. No pudo hacer frente a una falla multisistémica, las mismas dolencias que ayudaba a superar a tantos pacientes de todas las edades, en su sencilla consulta médica.

Una comunidad entera lloró a quien fuera por muchos años su médico familiar. Él mismo, que nos escuchaba, enseñaba y aconsejaba. “Nos trataba como personas”, señalan en breves relatos, algunos de sus pacientes. “Lo mejor: muy exacto en sus diagnósticos y muy atento con los pacientes, mucha dedicación.” “Lo mejor: entrega todo el tiempo que sea necesario con los pacientes, es muy humano, explicativo, efectivo. Excelente profesional. Ha hecho de su profesión un apostolado. Lo recomiendo, todas las personas de edad de mi familia lo visitamos a él. Mi hija con complicaciones estomacales, colon irritable”. Decían unos y otros.

Cada vez que, en nuestra familia, alguien requiere de un consejo profesional sobre salud, nos acordamos del inefable Dr. Voigt, el mismo que nos curó y sanó tantas veces, pero que no pudo hacer nada por él, en julio de 2020. No supo cuánto lo quisimos y cuánto lo extrañamos.

## *Acerca de “El Pedicuro” y otros hitos*

(Sócrates y un relato colectivo de Zona Típica)

Bastó que hiciera una consulta para que se despertara la memoria colectiva acerca de un hito del barrio: “Alguien de este chat ¿podría darme referencias del Club Social, el que está frente a Diana?” Íbamos ahí con nuestros amigos, pero no tengo antecedentes de cómo ni quiénes lo formaron, cuál era su propósito, ni nada. ¿Me pueden ayudar?”

“Lo que yo sé es que lo formaron nuestros abuelos, que era el club social. ¿A eso te refieres tú? ¿Sabes quién tiene todos los datos? Es Roberto”, dice una vecina. Y respondo “Hablé con él tiempo atrás, pero me dijo que no los tenía. Pero lo que necesito, es la memoria histórica para rescatarla. Quiero escribir uno de mis relatos sobre el “Pedicuro”, como lo llamábamos.

“Yo me acuerdo, pero no se llamaba pedicuro. Tenía otro nombre y yo asistí al dentista y al médico ahí. Y crecí y después iba a los bailes que realizaban ahí”, me replican. “Escribe algo sobre eso”. “Es importante rescatar la memoria del barrio, en todas sus dimensiones”, le respondo.” E interviene otra vecina

diciendo “La que los puede ayudar es Fresia” ¡Síí y Hernán. Les consultaré”. ¡Gracias! Aparece otra vecina más, “El practicante era Don Carlos Carmona que era de la Fuerza Aérea y vivía en Freirina.” “Sííí, pero vivía en Navarrete y López.” “Después se casó con una vecina, Ivonne Calderón, de Freirina.” “No, en Freirina”, “El practicante era mayor.” Interviene otra vecina que dice: “Era el “Club Social Esmeralda” y lo crearon nuestros abuelos y el cartel del pedicuro estaba, porque ahí atendía un pedicuro.” Además del Dr. Agrela y el dentista.” “Sííí, le replican”. “Y más adentro estaba el patio con el juego de la rayuela y la rana, y el bar a un lado y el restaurante al otro.” “Así es”. “Y un médico, el Dr. Agrela, el dentista que se llamaba Juan Briceño y el practicante Carlos Carmona.” “Exactamente, Carlos Carmona”. Aparece una nueva vecina “El club social Fermín Vivaceta, El Club Esmeralda estaba en Juliet.” “Así es, señala otra”. -Una anterior, que no cacha mucho, replica “Si tienes toda la razón y aún existe el Club Esmeralda en Vivaceta.” “El club deportivo Esmeralda está en José Bisquert, señalan por ahí.” “Y nuestros papás se juntaban a jugar al dominó, al cacho, a la rayuela y se hacían competencia y don Nicolo era el administrador y se llamaba Club Social Población Vivaceta,. También íbamos en familia a almorzar o a cenar, lo pasábamos muy bien”, señala otra. “Sí en Vivaceta”, vuelve a replicar una, que se sube a todas las micros sin importar donde vayan. “Tan bellos recuerdos”, dice la de la micro. “Ese club social era de todos los abuelos de los que nacimos acá.” Interviene otra, diciendo: “El Club Social Esmeralda estaba en Juliet, después fue un hotel.” “¿Era donde los *Puchos Lacios*, el hotel? preguntan más allá. “Al ladito era hotel”, responden. “Pero el mismo dueño”, replican.

“El relato pa bueno!! Muy comunitario”, dice otra vecina. “Los *Puchos Lacios* era una parrillada”, exclaman. ¡¡Tal cual!!, exclamo, refiriéndome a lo dicho por la vecina anterior, porque sin querer hemos reconstruido la historia barrial a través de una simple pregunta en un chat. “¡Y era muy buena!”, señala una

vecina nueva, sobre las parrilladas de los *Puchos Lacios*. “Sí, era buenísima hasta que cambiaron los dueños y de a poco se echó a perder, dicen por ahí. Y una vecina comenta: “Acuérdense que se quemó”. “Carlitos vivía en Navarrete y López, al lado de Luchín Oyanedel, donde hoy viven los Chamy, replica otra, parece que refiriéndose a algo de más arriba. Y continúa. “Luego vivió en Freirina con Ivonne, era practicante del Hipódromo. Por Independencia atendía.” Intervienen, diciendo “Tú estás confundiendo, vecina de la micro equivocada, al Carlos Vega, que era practicante y que vivía, cuando se casó, en Navarrete y López y tenía, en esa época, una Vespa”. “Sí, era Carlitos Vega, termina diciendo una vecina anterior. ¿Qué les parece la Historia? Ahora a puro escribirla bien, creo yo.



## *Vientos de primavera*

(Sun Tzu)

Llegando el ocaso de agosto y percibiendo los primeros vientos primaverales, ya era señal de que se daba inicio a la colorida temporada de volantines y juegos criollos en los barrios de mi país.. Increíblemente solo en esa fecha era cuando todos nos dedicábamos a mirar hacia el cielo y dejábamos de mirarnos la punta de los zapatos como lo veníamos haciendo durante todo el año.

Septiembre, temporada de juegos sencillos y humildes. ¿Cómo no recordar el juego del trompo, con el que los más duchos demostraban sus destrezas con una cuerda y un trozo de madera de pino torneado con una punta de clavo redondeado el cual hacían girar en la palma de la mano? Las bolitas era otra imperdible en las calles de nuestros barrios, “Ojitos de gato“ les decíamos a las bolitas de cristal. Me recuerdo el bolón de acero que era plateado y muy brillante. Tenía el tamaño preciso, su peso era el ideal y su rodar por el suelo de tierra era el más efectivo para poder destronar al campeón del momento.

El emboque representaba fielmente la temporada de Fiestas Patrias. ¡Qué bellos recuerdos! No había cuadra que no pintara con cal y hojas de tuna las cunetas y los troncos de los árboles para embellecer y resaltar los colores de nuestro pabellón patrio, que lucía aun más majestuoso en los mástiles de nuestras casas.

Obviamente nuestros ropajes debían estar a la altura de la ocasión y por ello nuestros padres nos llevaban a las grandes tiendas del centro para que vistiéramos ropa nueva y recibiéramos el 18 de septiembre como Dios manda. Calzados Bata era un imperdible cuando de zapatos nuevos se trataba, camisa y pantalón para el varoncito y vestido y zapatos nuevos para la dama de la casa. Las festividades se esperaban con ansias y eran recibidas con mucho entusiasmo por todos los miembros de la familia. El mes de agosto se caracterizaba por los interminables ensayos en los colegios. No podía faltar la representación de nuestros bailes típicos, los que abarcaban toda nuestra extensa geografía. Nada era dejado al azar. Nuestros profesores se encargaban de hacernos ensayar diariamente para que nuestros padres y apoderados disfrutaran de tan majestuoso espectáculo, realizado por los niños de la casa.

Septiembre, mes de volantines y festejos “dieciocheros”,  
Septiembre, mes de vientos de primavera.

## *Recuerdos de mi barrio*

(Tía Érica)

Los recuerdos de mi barrio son de los años 60. Era niña todavía y alumna de la Escuela Superior de Niñas número 20 Javiera Carrera y se hacían los desfiles con los colegios de los alrededores frente al monolito de la Plaza Fidel Muñoz Rodríguez (Escanilla). Desfilábamos con la banda de la Escuela de hombres número 18, en efemérides del país como el 18 de septiembre y el 21 de mayo. Quien organizaba era el presidente de la Junta de Vecinos, don Germán Morales.

Venían autoridades, directores de los colegios que desfilaban, la Cruz Roja de Independencia, Carabineros y otras autoridades de la comuna. Se izaba la bandera al son de la canción nacional. Hablaban algunas autoridades y, terminada la ceremonia, don Germán nos invitaba al Teatro Libertad a ver películas gratis. A veces, yo me arrancaba a La Chacra que estaba en Nueva de Matte con Vivaceta a comprar unos dulces que se llamaban “guatones”.

De la plaza tengo tan lindos recuerdos y, ¿Cómo no?, si está al frente de mi casa.

En los años '70 con otro presidente de la Junta de Vecinos, don Jorge Sánchez, teníamos un grupo juvenil *New Love* que nos apoyó en todas las actividades que se hacían. Su hijo Jorge también pertenecía al grupo. Se hacían bailes en la pileta y deportes en la plaza. Don Max nos daba la luz y el "Pelao" Hernán, la música (también bailábamos en el gimnasio de la Escuela 20) y participábamos en muchas otras actividades entretenidas. Atesoro muy lindos recuerdos de la plaza, la misma donde mis hijos, cuando chicos y lolos también disfrutaron.

**En un largo *tour...* de  
Bandera a Independencia**  
(Tonino)

Recuerdo que dije algo así como: “No lo hagas, porque no va a funcionar. Siempre con el mismo cuento del “puchito” que se prende y la micro que aparece mágicamente. Mejor juntemos las monedas.”

Cuando las recibí una a una, tomé un buen sorbo de cerveza hasta el final y arrojé la lata dentro de un basurero. Estaba agradable la noche.

-¡No lo puedo creer! -grité, y todos nos echamos a reír.

Di dos fumadas a ese Marlboro doblado de cajetilla blanda y observé cómo mágicamente aparecía ante nosotros una micro chica tipo liebre, bajita, oscura, con neones morados, calcomanías, colas de zorro por doquier, muy amarilla y romántica como ella sola. Volaba hacia nosotros tocando la bocina a su máxima expresión, quizás con el fin de hacer una entrada triunfal, apareciendo desde las tinieblas del paso nivel por San Diego hacia la calle Bandera.

Mil pesos serían más que suficiente para llevar a cuatro jóvenes flacos, sucios y mal vestidos, unos badulaques cualesquiera. Un par de “granadas de mano” de medio litro bien frías y el medio pucho apagado en el bolsillo, el de la suerte, que obviamente no dejó ir, ya que la jornada prometía.

Con esas credenciales hicimos parar nuestro carruaje y apostamos a ganador. Había que llegar a la Plaza Chacabuco como fuese.

Una vez todos arriba, procedimos al característico ritual de agradecimientos hacia quien nos llevaba a destino. Recibimos medio boleto cada uno, lo que invitó a celebrar el tremendo acto de generosidad de aquel buen hombre, con frases características del tipo:

- ¡Gracias, tío! ¡Se pasó!

Y la mejor de todas:

- ¡Grande, maestro! -a lo cual el chofer respondió:

- ¿Maestro yo? “Maestropeado” - querrán decir los niños.

Nos rendimos a las risas.

Arriba... una fonda completa. La cumbia salsa y son, sonaban en esos parlantes agripados que invitaban a una noche espectacular, y ¿Cómo no?, si íbamos al Estadio Santa Laura a ver a los grupos “Illapu”, “Sol y Lluvia”, “Godwana” y “Los Tres”. Solo había que dejarse encantar por aquella maravillosa procesión sobre ruedas, que a ratos y en las curvas cerradas, nos recordaba que Dios era nuestro copiloto.

Fue allí donde te vi. Me clavaste la vista y me invitaste a pasar al final del pasillo, como si no hubiese existido nadie más. Bailabas y bebías como gitana, mientras dos guitarras muy resfriadas

y un coro de solo buenas intenciones, cantaba a todo pulmón “¿Dónde estabas tú?”. No me cabe duda de que despertamos a más de uno, cuando pasamos por fuera del Cementerio General.

Decidido a conocer esos ojos que no dejaban de mirarme, avancé dos pasos, cuando de un frenazo, retrocedí seis y quedé abrazado a la pesera con los boletos en la mano. Fue en ese preciso momento cuando se escuchó al “Maestropeado” decir, lanzando un vozarrón ensordecedor:

- No olvide los vasos, mijo, entendiendo de forma muy clara la petición del dueño del boliche. Atónitos, vimos que uno de nosotros, fue el enviado a una increíble misión. Lo habían enviado al “SOL” ida y vuelta, a la gran botillería en la esquina de Río Jachal. Estábamos en Av. Independencia y quedaba poco camino.

Todos arriba y de vuelta a la marcha. Vasos llenos navegaban desde el motor hasta el tubo de escape, y yo concentrado en una sola cosa: la búsqueda de esos ojos hipnotizadores. “Ven, ven”, leí en sus labios y, en un acto de realismo mágico, los chicos del fondo hicieron explotar todo, con una quena, un pandero y las cuerdas que le daban vida a la introducción de “En un largo tour”. Todos tomamos aire para que se escuchara fuertemente, “*a esta hora, justamente, a esta hora*”.

Permiso y compromiso fueron mis frases de puntas de lanza en aquel tupido bosque humano, buscando el anhelado encuentro con aquella ninfa. Cuando llegué a su lado, una bocanada de humo me dejó en los labios. Me acerqué a su oído y giró, me dejó oler el afrodisíaco perfume en su cuello que me invitó a suspirar largamente, experimentando una explosión de sentidos. Fue en ese instante, cuando nuestras miradas se conectaron, que decidí hablar. Un frenazo violento, y todo ese mágico encuentro desapareció a la altura de Nueva de Mate. Luces encendidas y el pro-

ceder de tiempos oscuros por parte de la fuerza pública, nos dejó el alma en un hilo. Nos formaron afuera del bazar “El Filatélico”, entre caballos, lumas y linternas, momento perfecto para vaciar rápidamente los bolsillos, aprovechando la penumbra de esa agitada noche de verano. Unos corrieron y otros nos quedamos.

La busqué inútilmente entre un mar de gente, pero no la vi más.

Te había olvidado y en estas letras te recordé.

## *Mirador viejo*

(Val)

A Sofía siempre le han gustado las ideas modernas. Estaba a favor de construir edificios con bella infraestructura y hasta decía que servían para alojar más familias y mejoraban la vista de la comuna.

Su opinión cambió cuando el Mirador Viejo que alojó sus recuerdos de infancia, fue remodelado. Se enojó, porque sus vivencias, las tardes de bicicleta con su abuela ya no estaban; la maleza que nadie se preocupaba por cortar, tampoco; encumbrar volantines en la cancha de tierra y hasta las arañas de los juegos viejos se habían ido. “Odio las ideas modernas”, pensó, mientras cuidaba que su sobrino no se cayera al caminar por el pasto verde y recortado del parque nuevo.



## *El verde*

(Val)

Valentía de cartón.

Me acuerdo de que cuando era chica, cruzaba corriendo Vivaceta con mi mamá, porque nos daba flojera caminar hasta el semáforo y esperar el verde.

Me da risa, porque ahora ella me llamaría “gallina”, mientras cruza corriendo y yo cruzo en el verde.



## *Imaginación colonial*

(Val)

A veces me gusta imaginar cómo fueron las cosas hace años. Por ejemplo, cuando paso por “Las Parrilladas Argentina”.

Miro y me imagino que eso, en épocas coloniales fue un peladero donde se reunía la gente, quizás un bar o un rancho.

Sigo mi camino, me acuerdo de que tengo que comprar pan para la once, pero me sumerjo de nuevo, pensando en algún adolescente que en épocas coloniales también fue enviado a comprar pan para su familia. Me hubiera gustado vivir en esas épocas. Me retracto. Entro a la panadería de la señora Verito. Soy una mujer, no podría dejar que mi mente divagara tanto en ese tiempo siendo una mujer.

Al salir, agarro una marraqueta calientita y miro la plaza. Advierto que le pusieron juegos nuevos hace poco y me inflo, orgullosa: yo sé cómo era la plaza antes de esos juegos y mi hermana, no.



# AQUÍ ESTÁN TODOS IDENTIFICADOS

- 1.- Pseudónimo: **Alicia**  
Título (s): **Regreso al tobogán, Descubriendo espacios**  
Autor, a: Elizabeth Yolanda García Jaimes
  
- 2.- Pseudónimo: **Anto**  
Título (s): **Zambulléndose en el barrio**  
Autor, a: Antonia Isabel Moreno Vergara
  
- 3.- Pseudónimo: **Antonio Maruri**  
Título (s): **Encuentro de González Vera con El Negro**  
Autor, a: Germán Carrasco Vielma
  
- 4.- Pseudónimo: **Capablanca**  
Título (s): **Independencia**  
Autor, a: Sergio Felipe Benvenuto Palacios
  
- 5.- Pseudónimo: **Charito**  
Título (s): **Nueva de Matte, parte de mi vida**  
Autor, a: Margarita Garrido Acevedo

- 6.- Pseudónimo: **Coke**  
Título (s): **Sueños**  
Autor, a: Jorge Aníbal Guede Contreras
- 7.- Pseudónimo: **Cometa Escudero**  
Título (s): **El Cuco no existe, Mi celadora y Horacio**  
Autor, a: Sergio Antonio Rojas Prado
- 8.- Pseudónimo: **Conita**  
Título (s): **Las pymes de mi barrio**  
Autor, a: Constanza Cecilia Marmolejo González
- 9.- Pseudónimo: **Dr. Quezada Acharán**  
Título (s): **El torneo, El Taly y Magia de amor**  
Autor, a: Raúl Marcelo Serrano Flores
- 10.- Pseudónimo: **G. Gatuzzo**  
Título (s): **Sábado 15:30**  
Autor, a: Gastón Claudio Vergara Sepúlveda
- 11.- Pseudónimo: **Hugazo**  
Título (s): **Una vez scout, siempre scout**  
Autor, a: Hugo Délano Cubillos

- 12.-Pseudónimo: **Jandy**  
Título (s): **Las reinas de la Julio Soto, Despojada y Celinda**  
Autor, a: Juana Antonia Bajo Calderón
- 13.-Pseudónimo: **JM**  
Título (s): **La Casa Embrujada**  
Autor, a: Jossie Mondino
- 14.- Pseudónimo: **Kamil Vele**  
Título (s): **Da más vida la muerte menos temida,  
Desde mi ventana y Todo, menos libertad**  
Autor, a: Camila Ignacia Villarroel Robles
- 15.- Pseudónimo: **Kike G**  
Título (s): **Mini carrera central**  
Autor, a: Enrique González A.  
Edad: 62
- 16.- Pseudónimo: **Kimberly**  
Título (s): **Ceda el paso**  
Autor, a: Paula Torres Gálvez
- 17.- Pseudónimo: **La Nona**  
Título (s): **La Polla Gol**  
Autor, a: Marcela Gálvez Castro.

- 18.- Pseudónimo: **Laury's**  
Título (s): **¡Feliz Año Nuevo!, Los olvidados**  
Autor, a: Laura Eliana Castro Sapiains
- 19.- Pseudónimo: **Loíno**  
Título (s): **El último valiente [1943 - 2009], "El Peineta"**  
Autor, a: Jorge Andrés Ávila Núñez
- 20.- Pseudónimo: **M. B. Sott**  
Título (s): **El Libertad, Mi Negro y La nueva casa**  
Autor, a: Margarita Leonor Bravo Soto
- 21.- Pseudónimo: **Macarena**  
Título (s): **Demanda al Covid 19 (Pandemia Mayo 2022)**  
Autor, a: María del Carmen Reyes Reyes
- 22.- Pseudónimo: **Manu**  
Título (s): **La escuela de fútbol y "El Cholo", Los Secretos del Teatro Valencia**  
Autor, a: Manuel Jesús Barraza Vásquez
- 23.- Pseudónimo: **Michel O’Ryan**  
Título (s): **Árboles, Arquitectura y EM**  
Autor, a: Felipe Andrés Palacios Torres

- 24.- Pseudónimo: **Monna**  
Título (s): **El carro, Hija de profe**  
Autor, a: Mónica del Pilar Romero Pastene
- 25.- Pseudónimo: **Nardi**  
Título (s): **Mi historia**  
Autor, a: Bernardita Moreno Labra
- 26.- Pseudónimo: **Owi**  
Título (s): **Liberta**  
Autor, a: Osvaldo Andrés Valenzuela Ogaz
- 27.- Pseudónimo: **Pochito**  
Título (s): **Susto de Infancia**  
Autor, a: María Ivonne Molina Rencoret
- 28.- Pseudónimo: **Raquel**  
Título (s): **El cité**  
Autor, a: Ester del Carmen Aceitón Díaz
- 29.- Pseudónimo: **Sara Lillo- Teresa Cárdenas**  
Título (s): **Canto de sirenas, Del barrio**  
Autor, a: Denise Valeska Ramírez Farfán

- 30.- Pseudónimo: **Sócrates**  
Título (s): **El Hipódromo Chile, una experiencia vital, El médico del barrio, Acerca de “El Pedicuro” y otros hitos**  
Autor, a: **Adrián Torres Canales**
- 31.- Pseudónimo: **Sun Tzu**  
Título (s): **Vientos de primavera**  
Autor, a: Sergio Zapata Santander
- 32.- Pseudónimo: **Tía Erica**  
Título (s): **Recuerdos de mi barrio**  
Autor, a: Erica Jeannette Agurto Bravo
- 33.- Pseudónimo: **Tonino**  
Título (s): **En un largo tour... de Bandera a Independencia**  
Autor, a: Antonio Benjamín Zerega Troncoso
- 34.- Pseudónimo: **Val**  
Título (s): **Mirador viejo, El verde y Imaginación colonial**  
Autor, a: Valentina Javiera Carrasco Fernández





## II CONCURSO LITERARIO RELATOS BARRIALES 2022

*“La verdadera persistencia de las ciudades, radica en la voluntad de sus habitantes de jamás abandonarla a su suerte, de no ignorarla”*



ORGANIZACIÓN DE VECINOS/AS ZONA TÍPICA  
POBLACIÓN VIVACETA NORTE & SUR

COMUNA DE INDEPENDENCIA  
STGO, 2022

**ZT-PVN&S**